
3 1761 06639237 4

JOSE MA. GABRIEL Y GALAN

POESIAS

Selección de

ALFONSO TEJA ZABRE



COLECCION FANTASIO

LIBRERIA EDITORIAL ANDRES BOTAS E HIJO,

LIBRERIA:
1A. CALLE DE BOLIVAR 9,

TALLERES:
1A. CUAUHTEMOTZIN, 33.

MEXICO

POESIAS

JOSE MA. GABRIEL Y GALAN

POESIAS

Selección de

ALFONSO TEJA ZABRE

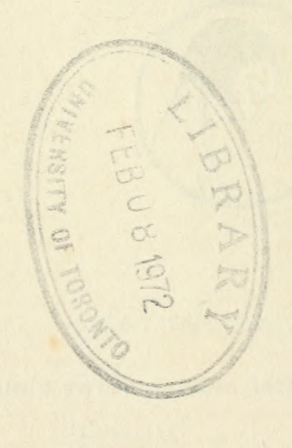


COLECCION FANTASIO

LIBRERIA EDITORIAL ANDRES BOTAS E HIJO

LIBRERIA: 1A. CALLE DE BOLIVAR 9 | TALLERES: 1A. CUAUHTEMOTZIN, 33

MEXICO


UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY
FEB 08 1972

AL LECTOR

LOS PROLOGUISTAS DE GABRIEL Y GALAN

Al dar nosotros a la estampa una nueva edición de las obras completas de José María Gabriel y Galán, el inolvidable cantor de Castilla, hemos reflexionado largamente acerca de un asunto que a las mismas "obras completas" se refiere: se trata de sus prologuistas. Emilia Pardo Bazán; el P. Cámara, de grata memoria; Francisco F. Villegas (**Zeda**), y Juan Maragall, han prologado algunos libros de Gabriel y Galán.

Figura el prólogo de **Zeda** al frente del volumen titulado **Castellanas**; el de Maragall se antepone al libro de **Extremeñas**, y el de la Condesa de Pardo Bazán es pórtico de las **Nuevas Castellanas**. El padre Cámara puso al comienzo de un tomito, por él costeado y que contenía composiciones de Gabriel y Galán, hoy distribuídas en diferentes volúmenes, un precioso proemio titulado **A quien leyere**. Nuestra duda estribaba en lo siguiente: ¿Cómo conseguir un armónico conjunto en nuestra edición, compuesta de dos tomos, teniendo en cuenta que estos cuatro prólogos, de seguir ocupando los lugares en que hoy figuran, romperían la ordenación de las poesías de Gabriel y Galán, pues se daría el caso de que algún prólogo, desmintiendo su nombre, figurase a la mitad de un libro? Por otra parte, ¿cómo

no respetar, y con toda efusión y rendimiento, trozos literarios de plumas maestras, escritos en elogio y en memoria de Gabriel y Galán? Comprenda el lector nuestra perplejidad, y crea que, antes de llegar a la solución ecléctica a que, por fin, arribamos, hemos reflexionado mucho. Y henos aquí con la intención de resumir los cuatro prólogos citados, reuniendo sus principales conceptos. Es labor ardua, pues en críticos de la talla de la Condesa de Pardo Bazán, Villegas y Maragall, todo es, no sólo estimable, sino digno de admiración y de recuerdo. Y puede decirse lo mismo por lo que al padre Cámara se refiere: sus palabras ofreciendo a sus "Venerables Hermanos en el Episcopado", a sus "deudos y amigos", a cuantos hablan la "lengua de Castilla", las tonadas de su diocesano, "nuevo cantor de la vida del campo, de las virtudes del apacible hogar, de la influencia y mérito de la madre cristiana", son de una dulce belleza paternal y rebosan noble sentimiento. Así, pues, y ya en el trance de ser algo indiscretos, piense el lector, para nuestro descargo, en las razones que antes le insinuamos, razones de buen gusto editorial, razones de armonía exterior, y háganos gracia de su benevolencia.

* * *

Al reproducir fragmentos de los prólogos mentados seguiremos el orden que la colocación de los mismos, dentro de las obras del poeta, nos señala. He aquí varias manifestaciones del culto crítico de **La Epoca**: "No ha mucho, cosa de un año—escribe **Zeda**—, leí en **El Lábaro**, diario salmantino, una composición poética

en quintillas, titulada **Castellana.** Con júbilo eché de ver, desde los primeros versos, que su autor era un verdadero poeta. Sentíase al través de las rimadas frases, amor apasionado a la naturaleza, hondas palpitaciones del alma nacional, ecos vibrantes de la voz varonil con que cantaron sus alegrías o sus dolores las generaciones vigorosas que ha engendrado la noble tierra de Castilla."... "De sobra sabe Galán que en todo lo que existe puso Dios algo de la eterna belleza. El toque está en saber descubrirlo. En el jaramago que nace en las ruinas, en la retama que crece en la espesura del monte, en la misma "verdura de las eras" puede el ingenio inspirado, como la abeja en las más humildes florecillas, encontrar la miel de sus versos. Aun de la más dura y pelada roca, la vara mágica del poeta hace brotar el manantial de agua viva".

Y agrega: "En los campos castellanos áridos y monótonos para los que no saben ver su belleza, nos muestra Galán mundos enteros de poesía."... "Los pensamientos de las poesías de Galán son vulgares; su originalidad no depende de lo que en ellas se dice, sino de la manera individual y suya con que el autor nos presenta sus ideas."... "Los asuntos elegidos por Galán no pueden ser tampoco más comunes. Un labriego que, al perder la compañera de su vida, ve sólo tristezas en lo que antes constituía su felicidad y su orgullo; un mozo enamorado que ofrece a la mujer amada lo mejor que encierran sus campos; un viejo campesino que aconseja a una moza casadera que se guarde de los atrevimientos de su galán; su gañán que, después de un día de trabajo, vuelve a su aldea, donde le aguar-

dan el amor honrado, el pan sabroso y el sueño tranquilo... tales son los sencillísimos **argumentos** imaginados por Galán, y en esta sencillez estriba, a mi entender, uno de sus principales méritos; sencillez que, como indico más arriba, no se refiere tan sólo a los asuntos ni a las ideas, sino que alcanza también a los sentimientos."... "La dicción del autor de **Castellanas**—no se olvide que **Zeda** prologa el primer libro de Gabriel y Galán así titulado—es castiza, y hasta en las transposiciones, que son muchas, quizás demasiadas, se advierte la facilidad del lenguaje adquirida, más que en los libros, en el hablar de la gente de la provincia de Salamanca, región de España en donde, a veces, oyendo a los habitantes, nos sentimos trasladados en espíritu al siglo XVI."

* * *

Unido al prólogo de Villegas figura la a modo de pastoral literaria del P. Cámara. "Los aires que por aquí se respiran— escribía el obispo de Salamanca a sus feligreses—son los embalsamados del cantueso y del tomillo; son aires de salud y de frescura, los que vigorizan al cuerpo, deleitan y robustecen al alma, todo organismo se enflaquece, todo espíritu se disipa en el impurificado ambiente de las ciudades; tomad el baño de estos raudales y estos aires deliciosos; respirad."

Y bajo la sugestión suavísima de los versos de Galán proseguía el sabio eclesiástico:

"Allá os envío soplos de auras que refrigeran; ecos sonoros que extasían el ánimo. Nacen de nuestras extensas llanuras, cubiertas de flores y de mieses; de

estos verdosos montes de encinas y robles; pues ya sabéis que a nuestra vera yergue todavía la cabeza la cumbre airosa, y brota a su pie la fontana pura del autor de La vida del campo y de La perfecta casada."

* * *

Juan Maragall, uno de los más altos representantes del pensamiento y de la literatura nacionales en Cataluña, un artista de raro mérito, dice al frente de las Extremeñas:

"Lector: He aquí un libro de poesía.

"Y no sería menester más prólogo que estas seis palabras si los que solemos llamarnos poetas o críticos no profanáramos cien veces al día el santo nombre de Poesía y no te hubiéramos hecho perder con ello el sentido de esta palabra tan grande. Te ofrecemos a cada paso el jugo de unas cuantas palabras muertas, arregladas con artificio de embalsamadores de cadáveres, en un determinado ritmo de sonoridad exterior, y te decimos:—Ahí tienes poesía—. ¡Mentira! Y tú, por esa funesta docilidad con que aceptas cuanto se te dice en letras de molde, acoges nuestra mentira como verdad, y crees que es poesía mejor o peor, según exteriormente suena, pero poesía al fin, todo lo que se te da bajo tal título. ¿Y quién padece más por ello sino aquel nombre santo? Porque, piénsalo bien, lector: tú lees u oyes recitar juegos de palabras que halagan más o menos tu sentido musical, y hasta a veces tu sentido ideal; este superficial halago te entretiene un rato y, si no dura demasiado, te hace prorrumpir en exclamaciones de aplauso. Pero en seguida que ha cesado la

cantilena, sientes como una liberación, te parece que has recobrado la libertad de tu vida, y vuelves a tus pensamientos, al hilo de tus preocupaciones, a tus quehaceres ordinarios, sin que aquella cantilena haya dejado en ellos ni en tí mismo otro rastro que el de un vago entretenimiento o gusto de los sentidos, como si hubieras tomado un helado. De modo que si al poco tiempo te invitan a leer o escuchar más versos, y esto se repite mucho o dura demasiado, acabas por exclamar: —¡Bueno!, basta ya de poesías, no puedo perder más tiempo—. Y si eres hombre muy metido en los negocios del mundo o en tus propios pensamientos, al primer anuncio de un poeta o de un libro de poesías sonríes ya desdeñosamente, o, a lo más, indulgentemente. Y tienes razón, porque, en general, lo que has oído o vas a oir cuando a eso se te invita, no es poesía.

"Mira; poesía es esto:

¡Pero a vel, señol jues: cuidaíto
si alguno de esos
es osao de tocali a esa cama
ondi ella s'a muerto,
la camita ondi yo la he querío
cuando dambos estábamos güenos,
la camita ondi yo la he cuidiao,
la camita ondi estuvo su cuerpo
cuatro mesis vivo
y una noche muerto...

"¡Ah!, esto es otra cosa, ¿verdad? Esto no es un vano halago; esto te remueve las entrañas, y cuando vuelvas a tu vida ordinaria lo llevas dentro, y actúa en tí; y cuando miras a tu mujer y la cama en que

duermes, y tu pobreza— o también tu riqueza—, lo ves todo mejor, de una manera más fuerte; y tú mismo te sientes más fuertemente, eres más hombre, parece que vives más, ¿verdad? Es que esto es poesía. ¿Comprendes ahora la diferencia? Cuando te he dicho al principio: "He aquí un libro de poesía", quería decir esto.

"Todo el libro es así, vivo; todo él escrito en ese lenguaje desharrapado; es decir, vivo; escrito en dialecto, como la **Iliada** y la **Divina Comedia**; porque no son las lenguas las que hacen las obras, sino las obras las que hacen las lenguas. Y la poesía grande, la viva, la única, gusta mucho de brotar en dialectos, y te diré por qué:

"Dialecto, según el clásico sentir, es la corrupción de una lengua; pero, si bien lo piensas, dialecto es la constante germinación de las lenguas en boca del pueblo, que es, como si dijéramos, la madre tierra de las palabras: todas salen de ella y todas vuelven a ella; allí nacen, allí mueren, allí se transforman, se modulan, se cambian y renacen, y se mueven, en fin, en toda la libertad de su naturaleza. El pueblo siempre habla en dialecto; es decir, en libertad, en perpetuo movimiento; y cuando una lengua quiere definirse en una fijeza de perfección y desecha la compenetración de sus dialectos con el pueblo, aquella lengua muere momificada en su perfección. Pues bien: la poesía no es otra cosa que la palabra viva, la palabra palpitando todavía el misterioso ritmo de su origen divino en la boca del pueblo, que es su madre tierra. ¿Qué irá a buscar el poeta en las hojas de herbario de un Diccionario de

la Academia? ¿Flores secas bien clasificadas? No; el poeta va a la vivacidad de los campos, a la boca del pueblo, a su dialecto, rural o ciudadano, porque la vivacidad de éste es la condición de la verdadera poesía, de la palabra palpitante de sentido.

"En este mismo libro encontrarás un contraste que te iluminará la verdad de lo que te digo. Todas las poesías hablan en dialecto extremeño, que es el de la tierra del poeta, menos dos que están en castellano literario; y tú verás cómo estas dos, **El cantar de las Chicharras** y **Campos virgenes,** con estar hermosamente escritas, palidecen, sin embargo, al lado de las otras. Son, si tú quieres, más perfectas de forma que muchas de ellas, menos **vulgares** que algunas, pero no tienen aquella vida, aquella fuerza de **El Cristu benditu,** aquella entraña de **El Embargo,** aquella sencilla majestad de **Cara al Cielo.**

"¿Y por qué— me dirás tú— Gabriel y Galán, que dominaba perfectamente el castellano literario, como lo demuestra en las composiciones anteriores citadas y en muchas otras que han contribuído a aumentar su fama de poeta, no había de expresar con igual fuerza el sentimiento de la vida en aquel lenguaje? Porque la pasión humana, sincera y viva, él la sentía brotar en el ambiente popular que respiraba, en esa lengua extremeña de las gentes sencillas que le rodeaban, de cuya vida él participaba con amor, que es el alma de la expresión humana, de esas gentes para las que él era un padre, que le contaban sus cuitas, que le sometían sus conflictos, que le pedían coplas para sus cantares, que le adoraban en vida, y que después de su

muerte vigilaron la tumba por temor a que les arrebataran su cadáver para darle otra sepultura de más gloriosa apariencia. Estas buenas gentes presintieron bien que aquel hombre era suyo después de muerto, que era su verbo, la voz de su alma extremeña. ¿Ni qué otra tumba más gloriosa podrá tener el cuerpo del poeta que aquella misma tierra extremeña de donde hiciera brotar, entre tantas otras, las tres poesías que he nombrado, gloria de la moderna musa española, y que figurarán como ejemplares de este principio de siglo en futuras antologías clásicas?

"Tú imaginabas tal vez los futuros clásicos formándose ahora en las peñas de los Ateneos, en los sillones de las Academias o en los **sleepings** del sudexprés de París. No; los clásicos españoles del siglo XX que a mí me parece descubrir ya, son Vicente Medina, que allá en un rincón de Murcia canta el alma murciana en su dialecto, y este José María Gabriel y Galán, que en el ya glorioso lugar de Guijo de Granadilla compuso este libro. Y ¡ay del porvenir de la literatura castellana, si sus futuros clásicos son los otros y no éstos!"

* * *

Si el lector desease conocer en su integridad el prólogo que para las **Nuevas Castellanas** escribió la pluma de la Condesa de Pardo Bazán, debe remitirse al tomo XXXII de las Obras completas de esta insigne escritora: en él figura su hermosísimo estudio sobre el gran poeta castellano, al lado de los que dedica a Campoamor y a Núñez de Arce. De este estudio crítico de la ilustre autora de **Los Pazos de Ulloa** son los fragmentos que ofrecemos a continuación:

"Una carta no más, muy extensa, me escribió el poeta charro, poco antes de su muerte. Yo tenía de él noticias que luego diré, y deseaba adquirir otras, con objeto de utilizarlas para un artículo, encargo de **La Revue**, de París, acerca de los **Poetas nuevos**, de la última nidada. Este solo dato hará comprender hasta qué punto es joven la fama de Gabriel y Galán. Mi curiosidad ha sido siempre madrugadora; ansío "ver venir" algo distinto de lo que ya conocemos,... y en octubre de 1904 no sabía de Gabriel y Galán sino referencias encomiásticas de mi primo Fernando Maldonado, Marqués de Trives —y lo que saldrá a relucir más adelante.

"Ahora, releyendo la carta del poeta, encuentro en sus folios una biografía que sustituirá a la que yo pudiese trazar sin tan sugestiva sencillez.

"Nací—dice— de padres labradores, en Frades "de la Sierra, pueblecillo de la provincia de Salaman- "ca. Cursé en ésta y en Madrid la carrera de maestro "de primera enseñanza. A los diez y siete años de edad "obtuve por oposición la escuela de Guijuelo (Salaman- "ca), donde viví cuatro años; y después, por oposición "también, la de Piedrahita (Avila), que regenté otros "cuatro años. Contraje matrimonio con una joven ex- "tremeña; dimití el cargo que desempeñaba porque mis "aficiones todas estaban en el campo, y en él vivo con- "sagrado al cultivo de unas tierras y al cuidado y al ca- "riño de mi gente, mi mujer y mis tres niños. Tengo "treinta y cuatro años, y a escribir coplas dedico el "tiempo que puedo robar a mis tareas del campo. Co- "mencé a escribir poesías para Juegos Florales, y me

"dieron la flor natural en los de Salamanca, Zaragoza "y Béjar, y otros premios en Zaragoza, Murcia y Lugo. "Y nada más, si es que todo ello es algo. Mis paisanos "los salamanquinos, y lo mismo los extremeños, me "quieren mucho, me miman. Yo también les quiero con "toda mi alma, y con ella les hago coplas, que saben, "mejor que yo, de memoria, porque las recitan en to- "das partes, y hasta las oigo cantar diariamente a los "gañanes en la arada."

... ...

"Este poeta tan español, pero tan del terruño, Gabriel y Galán, consiguió lo que no han logrado otros vates de tronío y campanillas, que han sido ministros, grandes cruces y académicos de todas las Academias, pero a quienes al morir no les llora sino su familia. De fijo la madre patria debiera sentir siempre la pérdida de hijos ilustres; pero es acaso cuestión de ambiente, y en Madrid los muertos van a prisa, y la literatura, si bien se examina, sólo interesa, en alto grado a los que la hacen. La muerte súbita y temprana de Gabriel y Galán fué el duelo de dos regiones: Salamanca y Extremadura. Humilde poeta— digo humilde en el sentido cristiano de la palabra—, lloráronle los humildes, los pobres de espíritu, los mansos. Haber vivido entre ellos fué bienaventuranza, fué destino feliz de su Musa. El dolor por la desaparición de Gabriel y Galán honra a los que lo experimentaron, probablemente sin razonarlo. ¿Qué pierde una comarca al perder al artista que la comprende y refleja? Algo espiritual; algo que no se mide, ni se tasa; un fragmento de infinito.

Por lo demás, ni el trigo ni el ganado bajan ni suben cuando un poeta fenece; los impuestos ni aflojan ni aprietan, ni se interrumpe el funcionalismo político; no se cierra una tienda, no se rotura un camino vecinal. Hay que sentir hondo, firme y sin frases, para llorar a un hombre como el maestro de escuela de Piedrahita, y la región que se reconoce unida en esta pena espiritual, revela admirable instinto; porque la poesía, de Galán, es de las que atan lazos, reconcilian y funden antagonismos en la comunión de sus temas y el amplia humanidad de sus acentos.

"La impresión que producen los versos de Gabriel y Galán es, en ocasiones, no diré estar **viendo**, sino estar **contemplando** la naturaleza castellana. Absoluta es la compenetración de su Musa y de la tierra, no en sentido material, en otro más alto. La comarca de Castilla no parece, al pronto, un suelo inspirador. Bajo su magnífico firmamento se extienden aquellas grises lontananzas muertas que el poeta describe en feliz frase. Sobre la extensión de la llanada, no obstante, la fantasía borda sus recamos y realiza su labor prodigiosa, reconstruyendo el desvanecido ideal. Quien entre en Castilla con los sentidos encaprichados, preguntando por el castaño sombroso, por el naranjo epitalámico, por la palmera africana o por el haya señorial; quien pida a Castilla que se engalane con la cinta de terciopelo azul de las rías o con la espumosa orla de los océanos, quien no sepa saborear la poesía inmanente de las "castas soledades hondas", los interminables despoblados, la escueta y grandiosa línea de los horizontes, los calvos cerros, los madroñales y robledales de

achaparrada vegetación, la encina del valle de Fuenmayor, arpa ruda... renegará de esta naturaleza en que la hermosura se reviste de sayal penitente. Es preciso en Castilla cavar hasta el hondón; su atractivo no está en la superficie, sino en la entraña; sale de adentro, y adentro vuelve; por eso se dice, y hay que buscar hasta acertar el sentido de estos decires, en apariencia vulgares, que la tierra castellana es tierra de santos y de héroes— pues el heroísmo y la santidad son las expresiones más acendradas y enérgicas de la dignidad humana.

"No importa que Castilla sea grave y árida; su belleza tiene, y esta belleza no está cifrada en sus oasis, las gayas sèndas de Galiana, las majestuosas arboledas versallescas de Aranjuez, las márgenes finamente orladas de juncia del Jarama y del Henares, los floridos prados de Esquivias, donde Cervantes quiso ser el pastor Elicio. El carácter de su paisaje es de las sierras del Guadarrama encaperuzadas de nieve, los campos limitados que tapiza la luenga sábana de oro rubio de la mies, salpicada de gotas de sangre y gotas de firmamento por las amapolas y los acianos. Cuando esta naturaleza seria, contenida, se alegra con cualquier accidente, noría, aceña, rebaño guardado por su Melampo vigilante, se siente el indefinible halago de la sonrisa en el rostro macilento y adusto de un asceta, que lo transfigura. Los poetas en estas regiones calificadas de áridas son, generalmente, bucólicos, enamorados de lo campestre. Mientras la poesía abstracta, quintaesenciada, amatoria, de los trovadores, procede de países tan amenos y graciosos como Portugal y Ga-

licia, los cantores de la Naturaleza abundan en el solar castellano. Gabriel y Galán está de lleno dentro de la tradición. Castilla, especialmente Salamanca, son la Arcadia española".

"No es la Naturaleza, o por mejor decir, no es la vida del campo la única inspiradora de Gabriel y Galán. Hallo otra cuerda en su lira, que es de las más humanas, de las más vibradoras. Hubo un poeta salmantino, muerto hace pocos años, ya casi olvidado, Ventura Ruíz Aguilera, en quien me parece descubrir un alma gemela de la de Gabriel y Galán. Ruíz Aguilera no llegó a sentir lo rústico con la sinceridad que el autor de **Las Sementeras**; no entró, como éste, en el alma muda de los que empuñan el arado o pastorean en la majada; quizá fué culpa de sus aficiones literarias y políticas, de la lucha que le arrastró hacia la capital. Pero su complexión espiritual se asemeja a la del poeta charro. Los dos son sensibles, graves, piadosos, tiernos; los dos creen y practican el axioma que Ruiz Aguilera estampó en el prólogo de **Los Ecos Nacionales:** — "El "poeta, si ha de tener autoridad su bello sacerdocio, sea "modelo de buen ejemplo"—; los dos son optimistas, aceptan con mansedumbre el destino, según lo ordena quien ordenarlo puede; los dos son cristianos, cristianos sobre todo, y al par del sentimiento cristiano, y confundiéndose con él en efusiones vehementes y arrebatos patéticos, en los dos resuena la cuerda de la paternidad. Ventura Ruiz Aguilera no puede contarse en el número de los poetas mayores; pero hay un momento en que llega a la cumbre, y es cuando gime sus **Elegías**, de lo más conmovedor que ha producido la lí-

rica española, en la cual no abunda la expresión de afectos tales, y el niño no asoma sino en forma de Cupidillo alado y travieso".

... ...

"Ningún poeta mejor que Gabriel y Galán ha libertado a su alada Musa de la pesadumbre y carga enojosa de ideas políticas concretas; nadie menos que él se afilió a banderías, porque no es ser banderizo, sino meramente ser de su tierra y de su patria, cantar esa fe de roca y esa esperanza de diamante en que están cimentados los versos de Gabriel y Galán. Sin embargo, difícilmente se sustraería un poeta tan humano y sensible a las preocupaciones fundamentales de su edad. Yo hablo sólo textos en mano; lo que durmiese en su conciencia, alborease en su mente o descubriese su conversación, ni lo sospecho. Limitándome a entresacar notas de sus poesías, se me figura que ideas algo distintas de las que inspiraron los **Pastores de mi abuelo** rompen en las estrofas del **Himno del Trabajo**, laureado en América. Habla el poeta de los aún no venidos tiempos en que los caídos conseguirán su imperio triunfal, de los tiempos tan esperados de la justicia, que armados avanzan,... e incita a que sean sitiadas por hambre o desquiciadas las puertas de los dorados alcázares, si no las tienen abiertas al trabajo...

Vida que vive asida,
savia sorbiendo de la ajena vida,
¡duerma en el polvo en criminal sosiego!
Rama seca o podrida,
¡perezca por el hacha o por el fuego!

"A este leñador, a este justiciero indignado, no le conocíamos. Puede ser arranque de sentimiento, más que sentencia pensada; puede ser que el continuo, universal clamoreo de los que, desengañados de la igualdad política, demandan con esfuerzo tenaz la económica, nos conmueve a todos y para nadie es voz que grita en el desierto; y al darse por enterado de ese formidable rumor, no es suficiente para que llamemos socialista revolucionario al poeta que califiqué de social. Social es el conjunto de su obra, y las cláusulas que he transcrito acaso no signifiquen sino que todos debemos trabajar; que el haber encontrado al nacer la mesa puesta, no nos exime de tal obligación, y que si la rehuyésemos, seríamos ramaje seco, que sólo para leña vale. En lo cual Gabriel y Galán habría dicho una verdad como un puño, y yo, que practico y seguiré practicando hasta que me falten fuerzas esa doctrina, le aplaudiría sin rebozo."

... ...

"Si se me preguntase cuál es el puesto de Gabriel y Galán entre los líricos españoles muertos hace poco, yo diría que es un puesto **aparte**, y el encomio no me parece escaso. Basta para la gloria de un lírico diferenciarse y no seguir estelas, y nadie puede dudar que Gabriel y Galán tiene otra voz, emite otra nota que Campoamor, Zorrilla, Núñez de Arce, Balart, sin hablar de los numerosos poetas regionales, a quienes deja atrás y en nada se asemeja, a pesar de sentir tan adentro su región; y cuando digo su región, no me re-

fiero sólo a Salamanca,, sino a Castilla y Extremadura en general.

"Líbreme Dios de atribuir preeminencias a nadie. El primer poeta lírico es, para cada cual, el que le conmueve; en esto se diferencia la lírica de la épica. Yo veneré siempre en especial capilla a D. Ramón de Campoamor, quien, a decir verdad, fué asturiano, como podría haber sido santanderino o gallego. Influencias de la naturaleza, voces de los pueblos, según antaño se decía, me atraen en Gabriel y Galán, y no ha cruzado por mi pensamiento disecarle, sometiéndole a una de esas operaciones anatómicas a que no resistiría acaso ni el poeta más perfecto en la forma. También a Campoamor pudo analizársele de esta suerte, y del análisis resultaba, si mal no recuerdo, que hombre tan original, el más personal de nuestros poetas, era meramente un plagiario. Los apasionados del autor de **las Doloras**, hicimos bien en reírnos de la acusación y de los fundamentos, que consistían en esas verdades despreciables, materiales y nimias, más engañadoras que la mentira absoluta. De Gabriel y Galán se ha repetido que hacía versos incorrectos y flojos, y desde luego desiguales. Si se demostrase el aserto, no por eso dejaría de ser Gabriel y Galán un poeta de exquisito sentimiento, y a veces de forma felicísima, hábil en su retórica natural, de gran sentido artístico para adaptar el metro al asunto, y que posee el encanto velado y grave de ciertas repeticiones de conceptos y monotonías de lenguaje afines al carácter de la tierra donde esa poesía brota. Poesía de creyente, de varón, humana sobre todo, y misteriosamente enlazada al destino de su creador, cu-

ya **Canción** expresa a la vez el ansia de vivir, de perpetuarse, y la corazonada de la muerte rondando la puerta. Si yo tuviese que dar consejos a un poeta novel... le aconsejaría que, no imitando a Gabriel y Galán ni a nadie en otra cosa, imitase solamente la sinceridad de una poesía, que es el mismo corazón del que la canta; su corazón ofrecido a todos, no sobre la dura copa de pedernal en que los aztecas presentaban al Sol el de sus víctimas, sino en ara ardiente de amor. de fraternal bondad y de efusión elevadora. El poeta más grande será siempre el que más enteramente se comunique."

* * *

Hasta aquí los prologuistas de don José María Gabriel y Galán. ¿Qué podríamos decir nosotros del gran poeta de Castilla, que no quede dicho de modo admirable? ¿Y cómo no tener presente que nuestra condición de editores sólo nos autoriza a velar por la armonía material, por la belleza y por el buen gusto bibliográfico de la hermosa obra que ofrecemos a nuestros lectores?

Hoy la fama de Gabriel y Galán se ha difundido por España y la América latina; ha llegado a todos los espíritus amantes de la lírica castellana. Nada, por tanto, hace preciso insistir en la grata tarea de enumerar sus méritos y de analizar la compleja y generosa belleza de sus inspiradas estrofas.

Hemos de advertir al lector que en esta nueva edición en dos tomos de las **Obras completas de José María Gabriel y Galán**, figuran varias composiciones inéditas,

y que son tituladas: **Sólo para mi lugar, El Castañar** e **Invitación.**

Concluye esta edición con varios "Cuentos y cartas" que vieron la luz en diversos periódicos, y que, con el título de **Alma charra,** comenzó a imprimir D. Baldomero Gabriel y Galán, hermano del poeta, poco después de la muerte del mismo. De dicha obra sólo han llegado a nuestras manos cinco pliegos impresos, que son los que reproducimos, creyendo así que con éstos y las composiciones inéditas antes citadas, quede en verdad completa la obra magnífica del poeta inolvidable.

Por reverenciar su memoria, por honrar, una vez más, la excelsitud de su lira, y porque con ello creemos prestar un servicio a las letras patrias, publicamos las **Obras completas de José María Gabriel y Galán,** que hoy ofrecemos al público respetuosamente.

EL EDITOR.

Madrid, Junio 1909.

EL AMA (1)

I

Yo aprendí en el hogar en qué se funda
la dicha más perfecta,
y para hacerla mía
quise yo ser como mi padre era,
y busqué una mujer como mi madre
entre las hijas de mi hidalga tierra.
Y fuí como mi padre, y fué mi esposa
viviente imagen de la madre muerta.
¡Un milagro de Dios, que ver me hizo
otra mujer como la santa aquella!
Compartían mis únicos amores
la amante compañera.
la patria idolatrada,
la casa solariega,
con la heredada historia,
con la heredada hacienda.
¡Qué buena era la esposa
y qué feraz mi tierra!

---

(1) Poesía premiada con la flor natural en los Juegos Florales celebrados en Salamanca el 15 de Septiembre de 1901.

¡Qué alegre era mi casa
y qué sana mi hacienda,
y con qué solidez estaba unida
la tradición de la honradez a ellas!
Una sencilla labradora, humilde
hija de obscura castellana aldea;
una mujer trabajadora, honrada,
cristiana, amable, cariñosa y seria,
trocó mi casa en adorable idilio
que no pudo soñar ningún poeta.
¡Oh, cómo se suaviza
el penoso trajín de las faenas
cuando hay amor en casa
y con él mucho pan se amasa en ella
para los pobres que a su sombra viven,
para los pobres que por ella bregan!
¡Y cuánto lo agradecen sin decirlo,
y cuánto por la casa se interesan,
y cómo ellos la cuidan,
y cómo Dios la aumenta!
Todo lo pudo la mujer cristiana,
logrólo todo la mujer discreta.
La vida en la alquería
giraba en torno de ella
pacífica y amable,
monótona y serena...
¡Y cómo la alegría y el trabajo
donde está la virtud se compenetran!
Lavando en el regato cristalino
cantaban las mozuelas,

y cantaba en los valles el vaquero,
y cantaban los mozos en las tierras,
y el aguador camino de la fuente,
y el cabrerillo en la pelada cuesta...
¡Y yo también cantaba,
que ella y el campo hiciéronme poeta!
Cantaba el equilibrio
de aquel alma serena
como los anchos cielos,
como los campos de mi amada tierra;
y cantaban también aquellos campos,
los de las pardas onduladas cuestas,
los de los mares de enceradas mieses,
los de las mudas perspectivas serias,
los de las castas soledades hondas,
los de las grises lontananzas muertas...

El alma se empapaba
en la solemne clásica grandeza
que llenaba los ámbitos abiertos
del cielo y de la tierra.

¡Qué plácido el ambiente,
qué tranquilo el paisaje, qué serena
la atmósfera azulada se extendía
por sobre el haz de la llanura inmensa!
La brisa de la tarde
meneaba, amorosa, la alameda,
los zarzales floridos del cercado,
los guindos de la vega,
las mieses de la hoja,
la copa verde de la encina vieja...

¡Monorrítmica música del llano,
qué grato tu sonar, qué dulce era!
La gaita del pastor en la colina
lloraba las tonadas de la tierra,
cargadas de dulzuras,
cargadas de monótonas tristezas,
y dentro del sentido
caían las cadencias,
como doradas gotas
de dulce miel que del panal fluyeran.
La vida era solemne;
puro y sereno el pensamiento era;
sosegado el sentir, como las brisas;
mudo y fuerte el amor, mansas las penas,
austeros los placeres.
raigadas las creencias,
sabroso el pan, reparador el sueño,
fácil el bien y pura la conciencia.
¡Qué deseos el alma
tenía de ser buena,
y cómo se llenaba de ternura
cuando Dios le decía que lo era!

II

Pero bien se conoce
que ya no vive ella;
el corazón, la vida de la casa
que alegraba el trajín de las tareas,
la mano bienhechora
que con las sales de enseñanzas buenas
amasó tanto pan para los pobres
que regaban, sudando, nuestra hacienda.

¡La vida en la alquería
se tiñó para siempre de tristeza!

Ya no alegran los mozos la besana
con las dulces tonadas de la tierra
que al paso perezoso de las yuntas
ajustaban sus lánguidas cadencias.

Mudos de casa salen,
mudos pasan el día en sus faenas ,
tristes y mudos vuelven
y sin decir una palabra cenan;
que está el aire de casa
cargado de tristeza,
y palabras y ruidos importunan
la rumia sosegada de las penas.

Y rezamos, reunidos, el Rosario,
sin decirnos por quién... pero es por ella.
Que aunque ya no su voz a orar nos llama
su recuerdo querido nos congrega,
y nos pone el Rosario entre los dedos
y las santas plegarias en la lengua.

¡Qué días y qué noches!
¡Con cuánta lentitud las horas ruedan
por encima del alma que está sola
llorando en las tinieblas!

Las sales de mis lágrimas amargan
el pan que me alimenta;
me cansa el movimiento,
me pesan las faenas,
la casa me entristece
y he perdido el cariño de la hacienda.

¡Qué me importan los bienes
si he perdido mi dulce compañera!

¡Qué compasión me tienen mis criados
que ayer me vieron con el alma llena
de alegrías sin fin que rebosaban
y suyas también eran!

Hasta el hosco pastor de mis ganados,
que ha medido la hondura de mi pena,
si llego a su majada
baja los ojos y ni hablar quisiera;
y dice al despedirme:—"Animo, amo;
haiga mucho valor y haiga pacencia..."
Y le tiembla la voz cuando lo dice,
y se enjuga una lágrima sincera,
que en la manga de la áspera zamarra
temblando se le queda...

¡Me ahogan estas cosas,
me matan de dolor estas escenas!

¡Qué me anime, pretende, y él no sabe
que de su choza en la techumbre negra
le he visto yo escondida
la dulce gaita aquella
que cargaba el sentido de dulzuras
y llenaba los aires de cadencias!...

¿Por qué ya no la toca?
¿Por qué los campos su tañer no alegra?

Y el atrevido vaquerillo sano
que amaba a una mozuela
de aquellas que trajinan en la casa,
¿por qué no ha vuelto a verla?

¿Por qué no canta en los tranquilos valles?
¿Por qué no silba con la misma fuerza?
¿Por qué no quiere restallar la honda?
¿Por qué está muda la habladora lengua,
que al amo le contaba sus sentires
cuando el amo le daba su licencia?

—"¡El ama era una santa!..."
me dicen todos cuando me hablan de ella.
—"¡Santa, santa!"—me ha dicho
el viejo señor cura de la aldea,
aquel que le pedía
las limosnas secretas
que de tantos hogares ahuyentaban
las hambres, y los fríos, y las penas.

¡Por eso los mendigos
que llegan a mi puerta
llorando se descubren
y un Padrenuestro por el ama rezan!
El velo del dolor me ha obscurecido
la luz de la belleza.
Ya no saben hundirse mis pupilas
en la visión serena
de los espacios hondos,
puros y azules, de extensión inmensa.

Ya no sé traducir la poesía,
ni del alma en la médula me entra
la intensa melodía del silencio,
que en la llanura quieta
parece que descansa,
parece que se acuesta.

Será puro el ambiente, como antes,
y la atmósfera azul será serena,
y la brisa amorosa
moverá con sus alas la alameda,
los zarzales floridos,
los guindos de la vega,
las mieses de la hoja,
la copa verde de la encina vieja...
Y mugirán los tristes becerrillos,
lamentando el destete, en la pradera,
y la de alegres recentales dulces,
tropa gentil, escalará la cuesta
balando plañideros
al pie de las dulcísimas ovejas;
y cantará en el monte la abubilla,
y en los aires la alondra mañanera
seguirá derritiéndose en gorjeos,
musical filigrana de su lengua....

Y la vida solemne de los mundos
seguirá su carrera
monótona, inmutable,
magnífica, serena....

Mas, ¿qué me importa todo,
si el vivir de los mundos no me alegra,
ni el ambiente me baña en bienestares,
ni las brisas a música me suenan,
ni el cantar de los pájaros del monte
estimula mi lengua,
ni me mueve a ambición la perspectiva
de la abundante próxima cosecha,
ni el vigor de mis bueyes me envanece,

ni el paso del caballo me recrea,
ni me embriaga el olor de las majadas,
ni con vértigos dulces me deleitan
el perfume del heno que madura
y el perfume del trigo que se encera?

Resbala sobre mí sin agitarme
la dulce poesía en que se impregnan
la llanura sin fin, toda quietudes,
y el magnífico cielo, todo estrellas.

Y ya mover no pueden
mi alma de poeta,
ni las de mayo auroras nacarinas
con húmedos vapores en las vegas,
con cánticos de alondra y con efluvios
de rociadas frescas,
ni estos de otoño atardeceres dulees
de manso resbalar, pura tristeza
de la luz que se muere
y el paisaje borroso que se queja....
ni las noches románticas de julio,
magníficas, espléndidas,
cargadas de silencios rumorosos
y de sanos perfumes de las eras;
noches para el amor, para la rumia
de las grandes ideas,
que a la cumbre al llegar de las alturas
se hermanan y se besan....

¡Cómo tendré yo el alma
que resbala sobre ella
la dulce poesía de mis campos
como el agua resbala por la piedra!

Vuestra paz era imagen de mi vida
¡oh campos de mi tierra!
Pero la vida se me puso triste
y su imagen de ahora ya no es esa:
en mi casa, es el frío de mi alcoba,
es el llanto vertido en sus tinieblas;
en el campo, es el árido camino
del barbecho sin fin que amarillea.

... ...

Pero yo ya sé hablar como mi madre
y digo como ella
cuando la vida se le puso triste:
"¡Dios lo ha querido así! ¡Bendito sea!"

CASTELLANA

¿Por qué estás triste, mujer?
¿pues no te sé yo querer
con un amor singular
de aquellos que hacen llorar
de doloroso placer?

Crees que mi amor es menor
porque tan hondo se encierra,
y es que ignoras que el amor
de los hijos de esta tierra
no sabe ser hablador.

¿No está tu gozo cumplido
viendo desde esta colina
un pueblo a tus pies tendido,
un sol que ante tí declina
y un hombre a tu amor rendido?

¿Te place la patria mía?
No en sus hondas soledades
busques con vana porfía
la estrepitosa alegría
de las doradas ciudades.

El campo que está a tus pies
siempre es tan mudo, tan serio,
tan grave, como hoy lo ves.
No es mi patria un cementerio,
pero un templo sí lo es.

Busca en ella soledades,
serenas melancolías,
profundas tranquilidades,
perennes monotonías
y castizas realidades.

Si tú gozarlas supieras,
ahora mismo depusieras,
tu adusto ceño sombrío.
¿Qué de mi patria quisieras
para alegrarte, bien mío?

¿Quieres que vaya a buscar
cuarzos blancos al repecho,
colorines al linar,
nidos de alondra al barbecho
y endrinas al espinar?

Para que tú te regales,
no dejaré una con vida
veloz liebre en los eriales,
ni esquiva perdiz hundida
del cerro en los matorrales,

ni conejillo bravío
dormido bajo el carrasco,
ni mirlo a orilas del río,
ni sisón en el peñasco,
ni alondras en el baldío.

¿Quieres que hiera en su vuelo
a ese milano que el cielo
raya con círculos anchos,
y de sus garras los ganchos
venga a clavar en el suelo,

y atrás la cabeza echada,
las plumas te enseñe y rice
de la pechuga alterada,
y ante tus pies agonice,
con la pupila espantada?

Si buscas flores sencillas,
hay en el valle violetas,
y gamarzas amarillas,
y estrelladas tijeretas,
y olorosas campanillas.

Si quieres, rosa temprana,
ver los sudores y afanes
que cuesta el pan de mañana,
ven y verás mis gañanes
trajinando en la besana.

O vamos a mis sembrados
y allí verás emulados
de tus labios los carmines,
que parecen amasados
con pétalos de alvergines.

Verás mecerse, aireadas,
del mar de la mies las olas,
aquí y allá salpicadas
de encendidas amapolas
y de jarritas moradas.

Y mientras gozas del vago
rumor de aquel ancho lago
de móviles verdes tules,
yo una corona te hago
de clavelillos azules;

y con ella, nueva Ceres,
reina serás, si tú quieres,
de mis campos y labores,
que reina de mis amores
ya hace tiempo que lo eres.

¿Sientes ganas de llorar?
También las sé yo sufrir
cuando me pongo a pensar
que Dios te puede llevar
y hacerme sin tí vivir.

Mas.... ¡vamos al prado un rato,
que en él hay sombra de encinas,
murmullos de viento grato
y agua fresca de regato
rebosante de pamplinas!

¿Quieres que de esa ladera
te baje un haz de tomillo
o que salte a esa pradera
y te traiga un manojillo
de oliente hierba triguera?

¿Lloras? Pues si es de ternura,
deja ese llanto correr,
que es un riego de dulzura,
hijo de la fresca hondura
del manantial del placer.

Mas si lloras desconsuelos
y torturas de los celos,
¡vive Dios, que lloras mal!
Testigos me son los cielos
de que mi amor es leal.

Y si piensas que es menor
porque tan hondo se encierra,
recuerda que el hondo amor
de los hijos de esta tierra
no sabe ser hablador.

Alégrate, pues, mujer,
por que te sé querer
con querer tan singular
que a veces me hace llorar
de doloroso placer....

GANADERO

Tiene un viejo caballote
de gigantesca armadura,
buen correr, mala andadura,
largo pienso y alto trote.

Tiene dos perros de presa
de ancha boca bien dentada,
por si una res empicada
se desmanda en la dehesa.

Tiene dos galgos zancudos
de ojos vivos como chispas,
flacas cinturas de avispas
y curvos dorsos huesudos:

dos destructores crueles
de las liebres y los panes,
pues corren como huracanes
y comen... como lebreles.

Tiene... nada a lo moderno:
perdiz en ancho jaulón,
escopeta de pistón
y polvorines de cuerno.

Y tiene tan larga capa,
tan ancha capa de paño,
que al caballote castaño
nalgas y cuello le tapa.

Gran pensador de negocios,
ladino en compras y ventas,
serio y honrado en sus cuentas
grave y zumbón en sus ocios,

vividor como una oruga,
su vida de siempre es ésta:
con las gallinas se acuesta,
con las alondras madruga.

Clavado en la dura silla
de su viejo caballote,
se va a Extremadura al trote
y al trote torna a Castilla;

y toma allá montaneras,
y arrienda aquí espigaderos,
y busca allá invernaderos,
y goza aquí primaveras,

y viene y va con ganado,
y vende, y vuelve a arrendar,
y paga, y vuelve a criar....
y siempre está atareado.

Y entre tantos trajinares,
aún puede al año unos días

lucirse en las romerías
de los rayanos lugares;

porque el intrépido charro
juega tan bien a la calva,
que no hay en tierra de Alba
quien no respete su marro.

Ni hay labrador ni vaquero
que de tan brava manera
coja una manta torera
y eche a rodar un utrero.

Nadie como él ha lucido
yeguas en las **cuatropeas**,
y mantas en las capeas,
y marros en el egido,

rumbos en las romerías,
maña en los retajaderos,
fuerzas en los herraderos,
y en las tientas, valentías,

Pocas habrá tan certeras
cual sus sagaces miradas
para arrendar otoñadas
y calcular montaneras,

pesar un novillo a ojo,
vender oportunamente,

saber observar prudente,
saber mirar de reojo...

Mas ¡ay, que todo declina!
Ya no baila, ni capea,
ya no lucha, ni pulsea,
ya va viejo, ya se arruina...

Ya son su grave figura
y su aspecto antes bizarro
sombras de aquel cuerpo charro
que fué broncínea escultura....

¡Y no hay que hacerse ilusiones,
porque al charro más valiente,
si se le arruga la frente....
se le arrugan los calzones!....

A S. M. EL REY (1)

Señor: no soy un juglar;
soy un sincero cantor
del castellano solar.
Canto el alma popular;
no tengo nombre, Señor.

Por eso, porque un obscuro,
porque un sincero es quien canta
y no un cortesano impuro,
oiréis el de mi garganta,
canto llano, pobre y duro.

Más placerá a vuestro oído
el débil trinar sentido
del pájaro del erial
que el resonante graznido
de hueco pavo real.

---

(1) Publicada en el número extraordinario que dedicó la revista "Las Hurdes" a S. M. el Rey D. Alfonso XIII con ocasión de su estancia en Salamanca en el mes de Septiembre de 1904.

Señor: si en ese sagrado
solar de español sentir
han ante vos ocultado
con luz de vivir dorado
sombras de negro vivir,

mintió la vieja embustera
que llaman cortesanía...
¡Mejor a su Rey sirviera
si, en bien de la Patria mía,
verdad a su Rey dijera!

No sé con reyes hablar;
mas bien podréis perdonar
que yo platique con vos
tal como en son de rezar
platico de esto con Dios.

Estáme la fe enseñando
y estáme el amor diciendo
que todo se torna blando
a nuestro Dios invocando
y a nuestro Rey requiriendo.

Que Dios corona a los reyes
para que a mundos mejores
lleven innúmeras greyes,
mejor que atadas con leyes,
sueltas en curso de amores....

Señor: en tierras hermanas
de estas tierras castellanas,
no viven vida de humanos
nuestros míseros hermanos
de las montañas jurdanas.

Señor: no oigáis las canciones
de las doradas sirenas,
que sólo cantan ficciones...
¡Los más grandes corazones
son los que arrostran más penas!

Dolor de cuantos los vieren,
mentís de los que mintieren,
aquí los parias están....
De hambre del alma se mueren,
se mueren de hambre de pan.

Hasta este monte eminente
donde rimo mis cantares
sube famélica gente
que mis modestos manjares
devora violentamente....

Tanta pena he contemplado
que unas veces he llorado
con llanto de compasión,
y otras mi voz han velado
gemidos de indignación.

Porque infama la negrura
de la siniestra figura
de hombres que hundidos están
en un sopor de incultura
con fiebre de hambre de pan.

Limosna de un Rey cristiano
es manantial soberano
de grande consolación...
Mas nunca llega la mano
donde llega el corazón.

La Patria es madre amorosa
que hace milagros de amores....
¡Tienda una mano piadosa
que disipe los horrores
de esta visión afrentosa!
... ...

Señor: no soy un juglar.
Yo nunca rimo un cantar
si no me lo pide Amor.
La Patria me hizo vibrar....
¡Patria sois también, Señor!

MI MUSICA

Naturales armonías,
populares canturías
cuyo acento musical
no es engendro artificioso
sino aliento vigoroso
de la vida natural:

vuestras notas, vuestros ruidos,
vuestros ecos repetidos
en ritornello hablador,
son mis goces más risueños,
son el arte de mis sueños,
¡son mi música mejor!

Rumores que en la alquería
revientan con la alegría
del dorado amanecer,
que despierta sonriendo
las que estuvieron durmiendo
fuerzas vitales de ayer;

brava música sincera
de la ronda callejera
de los mozos del lugar,

que con guitarras sonoras
y bandurrias trinadoras
acompañan su cantar;

alegre esquilón de ermita,
voz de amores que recita
la romántica canción;
ruido de aire que adormece,
son de lluvia que entristece,
manso arrullo de pichón;

cuchicheos de las brisas,
melodías indecisas
del tranquilo atardecer,
aletazos de paloma,
balbuceos del idioma
que empieza el niño a aprender;

jugueteos musicales
que modula entre zarzales
el callado manantial
cuyo hililo intermitente
da la nota transparente
de una lira de cristal;

melancólicos murmullos,
sabrosísimos arrullos,
vibraciones del sentir,
que la madre en su cariño
le dedica al tierno niño
invitándole a dormir;

claro timbre plañidero
del balido lastimero
del inquieto recental;
eco triste del bramido
del becerrillo perdido
que sestea en el erial;

grave zumbar pregonero
del tábano volandero
que arrullo en la siesta da;
que murmura, que se queja,
que se acerca, que se aleja,
que retorna, que se va....

hálitos del bosque frío,
lejano zumbar de río,
hachazos del leñador,
explosiones en la sierra,
eco incógnito que yerra,
hijo ignoto de un rumor;

suspiro de muda pena
que no vibra, que no suena,
pero se siente sonar;
sollozos del pensamiento
que sólo del sentimiento
quieren dejarse escuchar;

vuelo sereno de ave,
ritmo de aliento süave,
beso que arranca el querer,

nombre de madre adorada,
voz de la mujer amada,
llanto del niño al nacer;

tonadilla peregrina
que modula en la colina
la gaitilla del zagal,
la que vierte blancas notas
que de miel parecen gotas
desprendidas del panal;

besos del aura y la parra,
lágrimas de la guitarra,
latidos del corazón,
quedas pláticas discretas,
palabras de amor secretas,
lamentos de honda pasión;

pintoresca algarabía
de la alegre pastoría
derramada en la heredad,
trajinar de los lugares,
tonadillas populares,
tamboril de Navidad;

trino de alondra que el vuelo
levanta, cantando, al cielo,
de donde su voz tomó;
canto llano de sonora
codorniz madrugadora
que a la aurora se enceló;

ecos lánguidos que envía
de la vaga lejanía
la tonada del gañán,
que en la tibia sementera
canta y ara en la ladera
que le da trabajo y pan;

dulces coros de oraciones,
suspiros de devociones,
sollozos del pecador,
voz del órgano süave
que llora con ritmo grave
la elegía del dolor;

popular algarabía
de la alegre romería
que ya el valle va a dejar
con "jijeos" y cantares
que en cañadas y encinares
se repiten sin cesar;

aire quedo de alameda
que una música remeda
que el alma nunca entendió,
una música increada
que en el seno de la nada
para siempre se quedó;

manso zumbar de colmena
que trabaja en la serena
tarde plácida de abril;

coro que lleva de ruidos
la de niños que va a nidos
sonora tropa gentil;

bellas rimas del poeta
cuya música interpreta
los arrullos del amor,
los estruendos de la orgía,
la calmante poesía
que hay disuelta en el dolor,

las injurias de la suerte,
los horrores de la muerte,
los misterios del sentir
y el secreto religioso
del encanto doloroso
de la pena de vivir....

ya os lo dije; vuestros ruidos,
vuestros ecos repetidos
en ritornello hablador,
son el pan de mi deseo,
son el arte que yo creo,
¡son mi música mejor!

EL AMO

En el nombre de Dios, que las abriera,
cierro las puertas del hogar paterno,
que es cerrarle a mi vida un horizonte
y a Dios cerrarle un templo.
Es preciso tener alma de roca,
sangre de hiena y corazón de acero,
para dar este adiós que en la garganta
se me detiene al bosquejarlo el pecho.
Es preciso tener labios de mártir
para acercar a ellos
la hiel del cáliz que en mi mano trémula
con ojos turbios esperando veo.
Ya está solo el hogar. Mis patriarcas
uno en pos de otro del hogar salieron.
Me los vino a buscar Cristo amoroso
con los brazos abiertos....

CANCION (1)

No piense nunca el lloroso
que este cantar dolorido
es un capricho tejido
por la musa de un dichoso
No piense que es armonioso
juego de un estro liviano;
piense que yo no profano,
ni con mentiras sonoras,
las penas desgarradoras
del corazón de un hermano.

Una canción de dolores
me piden mis padeceres,
tal como ayer mis quereres
pidieron cantos de amores;
que así como son mayores
si se cantan los contentos,
así los tristes acentos
de las trovas doloridas,
si no curan las heridas,
amansan los sufrimientos.

---

(1) La última que escribió el autor, pocos días después de la muerte de su padre, y pocos también antes de la suya propia.

Mis penas son tan vulgares
como esas espinas duras
que erizan las espesuras
de todos los espinares.
Más hondas son que los mares...
Más hondas y más sombrías
que un horizonte sin días,
pues no hay abismo tan hondo
como el abismo sin fondo
de unas entrañas vacías.

Dios me las hizo de fuego...
¿Por qué no les dió dureza
si quiso su fortaleza
probar golpe a golpe luego?
¿Por qué enriqueció con riego
de sementera de amores
huerto que sabe dar flores,
si luego les manda días
de matadoras sequías
y vientos asoladores?

¡Ay! Al llegar a las puertas
de la tarde de mi vida,
voz de los cielos venida
me ha dicho:—¡Ya están abiertas!
¡Entra y sigue, y no conviertas
la mente a tiempos mejores,
que en vez de aquellos amores
de santidades pristinas
verás las desiertas ruinas
del solar de tus mayores!

—¡Mejor es cegar, Dios mío!
¡Mejor es ir paso a paso
cayendo hacia el propio ocaso
solo, con pena y con frío!
¡Mejor es ir al vacío
que a ruinas y sepulturas!
¡Mejores son las negruras
de la noche más sombría,
que las negruras del día,
que son dos veces obscuras!

Así, loco de dolor,
dije con vil vocecilla...
¡Esto que tengo de arcilla
fué quien lo dijo, Señor!
Pero esto que es resplandor
de Ti venido hasta mí,
cuando tu rayo sentí
bien sabes Tú que te dijo:
"¡Señor! La frente del hijo
tienes rendida ante Ti!

Con sólo llorar mi suerte,
con sólo dejar abierta
de tal herida la puerta,
muriera de triste muerte.
Mas, hijo yo del Dios fuerte,
me he resignado a vivir,
y voy dejándome ir
sobre el polvo de la senda
caminando a media rienda
por el campo del sentir.

Porque si rindo la frente
sobre las manos crispadas,
si hacia las ruinas sagradas
dejo que vaya la mente,
Si de mi llanto el torrente
dejo que anegue mi vida,
si abriese más esta herida
que en lumbre de fiebres arde,
viviera como un cobarde,
muriera como un suicida.

¡Quiero vivir! Las dulzuras
de los gozados placeres,
con hieles de padeceres
se tornan del todo puras.
Visión de mis desventuras:
¡yo no te cierro mis ojos!
Camino de los abrojos:
¡yo no me cubro las plantas!
Cruz que mis hombros quebrantas:
¡yo te acepto sin enojos!

¡Quiero vivir! Dios es vida.
¿No veis que en vida convierte
la ancianidad que en la muerte
cayó con dulce caída?
¿No soy yo vida nacida
de vidas que a mí se dieran?
Pues vidas que en mí se unieran,
si vivo no han de morir,
¡por eso quiero vivir,
por que mis muertos no mueran!

¡Y no morirán conmigo,
que el huerto de mis amores
está rebosando flores
que pinta Dios y yo abrigo!
¡Y atrás el cierzo enemigo
de esas mis vivas canciones
pues son santos eslabones
de una cadena florida
para corona tejida
del Dios de las creaciones!

¡Quiero vivir! A Dios voy
y a Dios no se va muriendo,
se va al Oriente subiendo
por la breve noche de hoy.
De luz y de sombras soy
y quiero darme a las dos.
¡Quiero dejar de mí en pos
robusta y santa semilla
de esto que tengo de arcilla,
de esto que tengo de Dios!

EL CRISTU BENDITU

I

Ondi jueron los tiempos aquellos
        que pué que no güelvan,
cuando yo juí presona leía
        que jizu comedias
y aleluyas también y cantaris
pa cantalos en una vigüela?
¿Ondi jueron aquellas cosinas
que llamaban ilusionis, y eran
        a'specie de airinos
que atotá me tenían la mollera?
¿Ondi jueron de aquellos sentires
        las delicaezas
que me jizun lloral como un neni,
        de gustu y de pena?
¿Ondi jueron aquellos pensaris
que jacían dolel la cabeza
        de puro lo jondus
        y enreaos que eran?
Ajuyó tuito aquello pa siempri,
        y ya no me quea
más remedio que dilme jaciendu
        a esta vía nueva.
¡Ya no güelvin los tiempos de altoncis,
ya no tengo ilusionis de aquellas,

ni jago aleluyas,
ni jago comedias,
ni jago cantaris
pa cantalos en una vigüela...!

II

Pensando estas cosas,
que me daban ajogos de pena,
una ves andaba por los olivaris
que la ermita del Cristu roean.
Triste y aginao,
de la ermita me juí pa la vera;
solitaria y abierta la vide
y entrémi por ella.
Con el alma llenita de jielis,
con el pecho jechito una breva
y la cara jaciendo pucheros
lo mesmito que un niño de teta,
juíme ampié del Cristu,
me jinqué en la tierra,
y jaciendo la crus, recé un Creo
pa que Dios quisiera
jacelmi la vía
una miaja tan sólo más güena.
¡Qné güeno es el Cristu
de la ermita aquella!
Yo le ije, dispués de rezali:
—¡Santo Cristu, que yo tengo pena,
que yo vivo tristi

sin sabel de qué tengo tristeza
y me ajogo con estos ansionis
y este jormiguillo que me jormiguea!
¡Santo Cristu querío del alma!
Tú pasastis las jielis más negras
que ha podío pasal un nacío
pa que tos los malos güenos se golvieran;
pero yo sigo siendo maletu
y a Tí te lo digo lleno de velgüenza
pa que me perdonis
y me jagas entral en verea.
Tú, que estás en la Crus clavaíto
pol sel yo maleto, quítame esta pena
que aentru del pecho
me escarabajea!...
¡Jalo asina, que yo te prometo
Jacelmi bien güeno pa que Tú me quieras!

III

¡Qué güeno es el Cristu
de la ermita aquella!
Pa jacel más alegri mi vía,
ni dineros me dió ni jacienda,
polque ice la genti que sabi
que la dicha no está en la riqueza.
Ni me jizu marqués, ni ministro,
ni alcaldi siquiera,
pa podel dil a misa el primero
con la ensinia los días de fiesta
y sentalmi a la vera del cura
jaciendu fachenda.

¡Pa esas cosas que son de fanfarria
no da nada el Cristu de la ermita aquella!
Pero aquel que jaciendo pucheros
se jinqui en la tierra,
y, dispuís de rezali, le iga
las jielis que tenga,
que se vaiga tranquilo pa casa,
que ha de dali el Cristu lo que le convenga.

A mí me dió un hijo
que paici de rosa y de cera,
como dos angelinos que adornan
el retablo mayol de la iglesia.
Un jabichuelino
con la cara como una azucena,
una miaja teñía de rosa
pa que entavía más guapo paeza.

A mí me entonteci
cuando alguna risina me jecha
con aquella boquina sin dientis,
redondina y fresca,
que paeci el cuenquín de una rosa
que se jabri sola pa si se la besa.
¡Juy, qué boca tan guapa y tan rica!
¡paeci de una tenca!

A vecis su madri
en cuerinis del tó me lo quea,
se poni un pañali tendío en las sayas
y allí me lo jecha.
¡Paeci un angelino
de los de la iglesia!

Yo quería que asín, en coretis,
siempre lo tuviera;
y cuando su madri vuelvi a jatealo,
le igo con pena:
—Ejalo que bregui,
éjalo que puea
raneal con las piernas al airi
pa que críe juerza!
¡Ejalo que se esponji un ratino,
que tiempo le quea
pa enliarsi con esos pañalis
que me lo revientan!
¡Ejamelo un rato
pa que yo lo tenga
y le jaga cosinas bonitas
pa que se ría mientris que pernea!
¡Que goci, que goci,
tó lo que asín quiera;
que pa jielis, ajogos y aginos
mucho tiempo quea!
¡Ejamelo pronto pa zarandealo!
Ejame el mi mozu pa que yo lo meza,
pa que yo le canti,
pa que yo lo duerma
al tón de las guapas
tonás de mi tierra,
continas y dulcis,
que paecin zumbíos de abeja,
ruíos de regato,
airi de alamea,

sonsoneti del trillo en las miesis,
rezumbal de mosconis que vuelan
u cantal dormilón de chicharra
que entonteci de gustu en la siesta....
¡Miáli cómo bulli,
miáli cómo brega,
miáli cómo sabi
óndi está la teta!
Si conocis que tieni jambrina,
dali una gotera
pa que prontu se jaga tallúo
y amarri lo chotos a puro de juerza.
¡Miáli qué prontino
jizu ya la presa!
¡Miáli cómo traga; miá qué cachetinos
mientris mama en el pecho te pega!
¡Miá que arrempujonis da con la carina
pa que salga la lechi con priesa!
¡Asín jacin también los chotinos
pa que baji el galro seguío y con juerza!
Ya se va jartando. ¡Miá cómo se ríe;
miáli como enréa!
Jasta el garguerinu
la lechi le llega,
porque va poniendo cara de jartura
y el piquino del pecho ya eja.
Quítalo en seguía pa que no se empachi
y trai que lo tenga...
¡Clavelino querío del güerto!
Ven que yo te quiera,
ven que yo te canti,

ven que yo te duerma,
al ton de las guapas
tonás de mi tierra,
pa que pueas cantalas de mozo
cuando sepas tocal la vigüela.
¡Venga el mi mocino,
venga la mi prenda!
¡Ven que yo te besi
con delicaeza,
ondi menos te piquin las barbas
pa que no te ajuyas cuando yo te quiera,
ni te llorin los ojos, ni arruguis
esa cara más fina que séa,
ni te trinquis p'atrás enojao
si tu padri en la boca te besa...

IV

Mujel ¡miá qué lindu
cuando ya está dormío se quea!
¿Tú no sabis por qué se sonríe?
Es porqui se sueña
que anda con retozus con los angelinos
en la gloria mesma...

V

¡Qué guapo es mi neni!
¡Ya no tengo pena!
¡Qué güeno es el Cristu
de la ermita aquella!...

EL EMBARGO

Señol jues, pasi usté más alanti
y que entrin tós esos.
No le dé a usté ansia,
no le dé a usté mieo...
Si venís antiyel a afligila,
sos tumbo a la puerta. ¡Pero ya s'a muerto!
Embargal, embargal los avíos,
que aquí no hay dinero:
lo he gastao en comías pa ella
y en boticas que no le sirvieron;
y eso que me quea,
porque no me dió tiempo a vendello,
ya me está sobrando,
ya me está gediendo!
Embargal esi sacho de pico
y esas jocis clavás en el techo,
y esa segureja
y esi cacho e liendro...
¡Jerramientas, que no quedi una!
¿Yo pa qué las quiero?
Si tuviá que ganalo pa ella,
¡cualesquiá me quitaba a mí eso!
Pero ya no quio vel esi sacho,
ni esas jocis clavás en el techo,

ni esa segureja
ni ese cacho e liendro...

¡Pero a vel, señol jues: cuidaito
si alguno de esos
es osao de tocali a esa cama
ondi ella s'a muerto:
la camita ondi yo la he querío
cuando dambos estábamos güenos,
la camita ondi yo la he cuidiao,
la camita ondi estuvo su cuerpo
cuatro mesis vivo
y una nochi muerto!
¡Señol jues: que nenguno sea osao
de tocali a esa cama ni un pelo,
porque aquí lo jinco
delanti usté mesmo!
Lleváisoslo todu,
todu, menos eso,
que esas mantas tienin
suól de su cuerpo...
¡y me güelin, me güelin a ella
cá ves que las güelo!...

EL DESAHUCIADO

¡Estoy ya mu jarto!
Miusté a vel, pol favol, señol médico,
si hay alguna cosa
pa esti mal repegoso que tengo,
porque llevo ya asín ocho mesis
maleto, maleto...
con una singana
y un agineiro,
con una flojera,
con un escaimiento
que paice una breva maúra
esti perro cuerpo
que antis era tan recio y tan duru
como el propio hierro.
Debi estal la mujel aburría
de jacel remedios,
pero yo ni me pongo pirongo,
ni de golpi espeno.
La jacienda, tuíta perdía;
los pagos, cayendo;
la mujel y el chiquino, escaldaos,
jechos unos negros,
que me estoy ajogando de ansionis
n'ámas que de verlos.

Y pa alivio tó el día mirando
dendi casa la genti del pueblo
p'abajo y p'arriba
pasando y golviendo,
unos con guarrapos,
otros con aperos,
unos con forraji
y otros con istierco,
saliendo y entrando,
llevando y trujiendo,
como las jormigas
en el jormiguero.
Y n'ámas yo solo
enreao con esto que tengo,
¡vengan ratos al sol con las tías,
enroscao lo mesmo que un perro,
u si no en el corral mancornao
entri los maeros,
sin jacel ni las sopas que como,
sin ganal ni p'al agua que bebo,
que velgüenza me da que me vean
asín tanto tiempo.

Cuatro vecis quiciás haiga dío
ancá'l curandero,
que me dijo que estaba embargao
y me puso dos parchos al pecho
y una bilma de pes y de estopas
en el rengaero.
Y aquí la he tenío
¡pa ná! ¡pa quealsi

con piazos asín de pellejo!
Mentira paeci
que la gracia que tieni tío Cleto
pa los males, no le haiga servío
pa acertalmi con esti que tengo!
El domingo me jici el valienti
y me fuí p'al güerto
con que a esparigilme
y a pacel p'allí ná de provecho.
¡Cuidiaito que juí despacino,
como ustés cuando van a paseo!
Pus me pusi a jacel unos bochis
pa tiral cuatro jabas en ellos,
y aquello eran ansias,
y suores, y ajogo y mareos...
que asin contino, me caigo
reondo allí mesmo.
Y me vini pa casa ajogao,
sin poel ni siquiá con el cuerpo,
acezando por esas callejas
lo mesmo que un perro,
chángala mandrángala,
que tardé media tardi lo menos.
¡Me caso en la luna!
¡Miusté a vel, pol favol, señol médico,
si dicen los libros
que hay algo pa esto!
Pero no me dé usté más papelis
de esos polvos negros
porque cuasi me estoy provocando
n'ámas que los miento.

Ni me jaga melcar más botellas
del constituyenti, porque no poemos,
y además que eso n'ámas que sirvi
pa sacdineros.
¡Mentira paeci
que los libros no enseñin remedios
pa una cosa tan simpli, tan simpli
como esta que tengo!
¡Yo no sé pa qué está la botica
de cacharros tapá jasta el techo!
¡Miusté a vel si hay quiciás una untura
miusté a vel si hay quiciás un ingüento
bien juerti, bien juerti,
que ajondi en el pecho,
que chupi, que saqui
lo que tengo dañao aquí aentro,
que esti mal es asín como un bicho
agarrao en el güeco del cuerpo;
me chupa la sangri,
me atapona el gañón, y por eso
tengo esta flojera
y esti ajogaero.
Receti esa untura,
receti ese ingüento,
que no haiga nenguno
más juerte y más recio...
¡A ver si de golpi
u me pongo pirongo u espeno...

EL LOBATO Y LA BORREGA

I

Era una mañana
del mes de las brevas.
El es un lobato
y ella una borrega;
él está en el árbol
llenando la cesta
y dice mimoso
cuando pasa ella:
—Ven a comel jigos
de la mi jiguera!

II

—Madri: Pericocho,
si está en la su güerta,
me dici asín siempri,
cuando pasa cerca:
"¡Ven a comel jigos
de la mi jiguera!"
—¡Quita, que es un brutu!
¡No los comas, prenda,
que esos jigos sabin
a jiel de la tierra!

III

Otra mañanita
del mes de las brevas
cerca del lobato
pasó la borrega.
—¿No quieres tú jigos
de la mi jiguera?
—¡Si dicen que sabin
a jiel de la tierra!...

IV

¡Cuánto tiempo en casa!
¡Cuánto tiempo enferma!
¡Cuántos cuchicheos
en las callejuelas,
y en las resolanas,
y en la misma iglesia!
Se quedó amarilla
como caña seca.
¡Por poco se muere,
la pobre borrega!
Y en cambio el lobato,
¡qué lomos, que fuerza!

V

Y otra madrugada
del mes de las brevas,
de las tempranitas,
de las sanjuaniegas...

cuando están los trigos
de color de cera,
cuando las escobas
más amarillean
y el color incuba
de fiebre materna
la segunda cría
de las linaceras,
cerca del lobato
pasó la borrega.
—Mañana temprano
güelve a la mi güerta,
que otra vez hay jigos
en la mi jiguera!
... ...
¡Qué guapo y qué bruto!
¡Qué gruñir de bestia!
¡Qué callar tan manso
de herida cordera!...

CAMPOS VIRGENES

En tierras de Extremadura,
donde una raza se cría
toda vigor y frescura,
nacieron Pedro y María,
la fuerza y la donosura.

Tuvieron amores rudos
de los hondos, de los mudos,
de los ingenuos amores,
de los amores desnudos
que prometen más que flores...

Ella bella y montesina
y él montesino y fogoso,
eran el roble y la encina,
la clara luna marcina,
y el sol de julio ardoroso.

Antes de la sementera,
cuando vecina ya era
la ansiada fecha dichosa
de aquella unión fructuosa
que ya la pareja espera,

estaba el ardiente mozo
descuajando inculto trozo
de rica tierra bravía...
pensó en el trigo con gozo,
pensó con fuego en María...

¡Y ved qué sabrosa cosa
de pronto los dos gozaron!
Por la senda polvorosa
pasó la muchacha hermosa
y así a voces platicaron:
—¡Adiós, Pedro!
—¡Adiós, María!
—Tierra bien jolgá, y de sierra...
¡Lo que le jechis te cría!...
—Y asín debi sel la tierra
y asin la genti... agraecia...

¡Oh, quién la dicha me diera
de ver tras la venidera
ansiada unión venturosa
el hogar y la panera
de la pareja briosa!

LA CENEFICA (1)

Yo no sé explicarlo
porqui a mí me se enréa la lengua
con esas palabras que train los papelis
dendi las ciudaes ondi las imprentan;
pero he comprendío
que la Reina le ha dao a Plasencia
una cosa asinas
como una **Cenéfica**,
que es aspecie de un premio mu fino
porque jué mu güena
cuando los soldaos
vinon de la guerra.
Yo ni pueo explical lo que es eso
que ha dao la Reina
pero no habrá ciudá en toa España
que más lo mereza.
Que lo igan, si no, Juan Berruga,
Gorio el de tía Petra.

---

(1) Leída en la velada organizada por la Cruz Roja de Plasencia para celebrar la concesión del título de "Muy Benéfica" otorgado a esta ciudad por su humanitario proceder con los repatriados de nuestr guerras coloniales.

Gelipi el Conejo
y el mediano de tía Macarena.
Cuando los yanquisis
mos rebaron las tierras aquellas,
p'allá estuvon éstos
pasando las penas.
Ná más que de oílos contal sus trabajos
se quedaba aginao cualisquiera.
¡Me caso en la luna,
qué jielis tan negras,
qué ajogos tan grandis,
qué vía tan perra
se pasaron los cuatro enfelices
que tan güenos eran!
Aquí se quearon
toas sus querencias.
aginás las madres y cuasi perdía
la miaja e jacienda,
que no da ni siquiá pa los pagos
cuantis que se afloja de bregal en ella
Aquí, sin sabersi
si muertos ya eran
pa rezali siquiá un Padrinuestro
u jechali un responso en la iglesia;
y ellos, mentris tanto
pasando miserias,
sufri que te sufri,
pena que ti pena,
rabia que ti rabia,
brega que ti brega...

Cuasi esnúos y muertos de jambri,
con el jato a cuestas,
¡vengan días sin miaja e descanso
y nochis de vela,
con el alma afligía de ansionis,
con el cuerpo jechito una breva,
y la vía prendía de un jilo
abocaos cá instanti a perdela!
¡Asín se quearon
como sanguijuelas!
Paesía mentira
que ellos mesmos jueran
los que andaban p'aguí más alegris
que unas pascualejas,
sanos, respingonis,
coloraos y llenos de juerza.
Daba gustu velos
cargal las janegas,
u estranchal de tres golpis un leño
con ia segureja,
u amarral los novillos a uña,
u tiral la barra los días de fiesta.
Y vinon transíos
con el propio colol de la cera,
sin ganas de groma,
sin chispa de juerza
y dañaos de adentro los cuatro,
que el miralos doblaba las penas.
No traían ni un probi remúo,

ni siquiá una perra
pa mercal boticas
u jacel una miaja merienda.
¡Juy, cómo llegaron
los cuatro a Plasencia!
¡Cascan todos si no ven tan pronto
la quería ciudá de su tierra!
Unos señoronis
que viven en ella
los estaban al tren esperando.
¡Qué genti más güena!
¡Juy, Dios mío, si tos los señoris
juesin en el mundu como aquéllos eran!
¡Juy, Dios mío, si toas las ciudaes
se golviesen igual que Plasencia!
A tóos los jeríos
los curaban con cosas bien güenas,
y tenían tamién camas finas
pa acostal los maletos en ellas.
Llamaban un méico
pa qui allí los viera
y le daban caldos
de güenas pucheras,
y le icían tamién muchas cosas
pa quitali una miaja la pena.
Y a los sanos tamién los trataban
con delicaezas
y le daban tabaco y licoris
de esos güenos que tanto calientan.
Bien lo puede Plasencia decilo,
que si no es por ella

más de cuatro sin ver a su madri
cascan de cansera.
¡Qué bien jecho está eso que dicin
que jaci la Reina
de dali esa cosa
que llaman **Cenéfica**;
porqui no habrá ciudá en toa España
que más lo mereza!
¡Juy, si tós los siñoris del mundo
como aquéllos jueran!
¡Juy, si juesin tamién las ciudaes
igual que Plasencia!...
... ...
¡Vivan los soldaos!
¡Viva nuestra tierra!
¡Vivan los señoris!
¡Viva la **Cenéfica**!

PLETORA

Yo no sé qué tieni,
qué tieni esta tierra
de le Extramaúra,
que cuantis que llegan
estos emprecipios
de la Primavera
se me poni la sangri encendía,
que cuasis me quema,
se me jincha la caja del pecho,
se me jaci más grandi la juerza,
se me poni la frenti moorra
y barruntu que asinas me entra
como un jormiguillo
que me jormiguea...
¡Y luego unas ansias
que me ajogan de juerti que aprietan
con arrempujonis
de lloral sin querel, que me quean
que cuasis reviento
sin poel revental de la pena!...
¡Me dan unas ganas
de metermi con cosas de juerza!...
¡Asín jundo el corti
de la segureja,
que lo mesmo ha caío esta encina,

que si juesi de pura manteca!
Yo no sé qué será lo que adrento
me escarabajea
cuantis llega esti tiempo tan güeno
de la Primavera!...
Digo yo que serán estos vahos
que jecha la tierra.
que güelen a ricos
y paeci que, asín que se cuelan,
como que arrempujan
de adentro pa juera,
y levantan el pecho pa arriba,
y entontecin de gustu que quean...
¡Juy, cómo me sabin!...
¡Juy, Dios, y qué juerza!
Si viniese ahora mesmo aquí Gorio
y quisiesi luchal una güelta...
¡Juy, Dios, qué Goriazo
le jacía pintal en la tierra!
Me gusta esti tiempo
de la Primavera,
pero ¡congrio! me da mucha rabia
no tenel una cosa que puea
sacalmi del cuerpo
el comuelgo ná más de la juerza!

INMACULADA

I

Dime coplas, musa mía.
¿Me las niegas por vulgares?
¿Me reprendes la osadía
de que en coplas populares
quiera cantar a María?

¿Murmuras avergonzada
porque en la ruda tonada
de esta mortal criatura
no cabe la gran figura
de María Inmaculada?

¡Bien lo sé yo, musa mía!
El gran himno de María
no lo rima ni lo canta
miel de humana poesía
ni voz de humana garganta.

Ni tú, porque eres tan ruda
que vives con la desnuda
Naturaleza en amores,
amante extática y muda
de encinas, piedras y flores,

ni esotra sutil y grave
musa de rica realeza
que dicen que tanto sabe,
daréis jamás con la clave
del himno de la pureza.

Ese gran himno bendito
ya está en los cielos escrito
por Dios con cifras de estrellas...
¿Qué no sabrán decir ellas,
letras de un libro infinito?

Pero escucha, musa mía:
la música reverente
del poema de María
es la total armonía
del Universo viviente,

y todo lo que es cantar,
y todo lo que es bullir,
entero se le ha de dar,
porque cantar es amar,
porque agitarse es sentir.

Y yo, corazón de arcilla,
que adoro tanta grandeza,
le debo mi tonadilla...
Negársela por sencilla
fuera negar mi pobreza.

II

Yo he cantado cosas puras:
Radiosas noches serenas,
empapadas de dulzuras,
de castos silencios llenas
y henchidas de hondas ternuras.

Hele rimado cantares
al candor de las palomas
de mis blancos palomares
y a la miel de los aromas
de mis ricos tomillares.

He cantado la blancura
de la azucena sencilla,
la purísima tersura
de la nieve de la altura,
que es la nieve sin mancilla.

He cantado la pureza
de las fuentes naturales,
la gentil delicadeza
que en los blancos recentales
expresó Naturaleza;

la sonrisa matutina
de los días abrileños,
la disuelta purpurina
con que tiñen la colina
los crepúsculos risueños;

los arrullos guturales
y los ósculos caídos
en las caras celestiales
de los niñitos dormidos
en los brazos maternales...

Cosas puras he cantado,
cosas puras he sentido,
y con ellas embriagado,
como un niño me he dormido,
como un ángel he soñado...

Mas ni en mis noches divinas
con estrellas diamantinas,
ni en mis caseras palomas,
ni en la miel de los aromas
de mis natales colinas,

ni en las puras azucenas,
ni en las fuentes de la umbría,
ni en las auroras serenas,
ni en las dulces tardes llenas
de profunda melodía,

ni en los besos ideales,
ni en las mieles musicales
de las madres cuando cantan,
ni en las risas celestiales
de los niños que amamantan,

encontró la musa mía
pobre símbolo siquiera
que con miel de poesía,
interpretarme pudiera
la pureza de María...

III

¿Qué nombre darte hechicero?
Nada me dice el grosero
decir del humano idioma,
ni cuando dice paloma,
ni cuando dice lucero.

¿Cómo bosquejar tu alteza
con pobre imagen obscura
que ofrezca Naturaleza,
si no hizo Dios criatura
gemela tuya en pureza?

Fuente de aguas celestiales,
crisol de amores humanos
que tus ojos virginales
depuran de los livianos
sedimentos mundanales;

sol del más dichoso día;
vaso de Dios, puro y fiel;
¡Por Tí pasó Dios, María!
¡Cuán pura el Señor te haría
para hacerte digna de El!

Manantial de los consuelos,
plenitud de los anhelos,
luz que toda luz encierra,
embeleso de los Cielos,
alegría de la tierra...

¿Qué más decirse podría
en tu alabanza y loor,
después de decir que un día
fuiste sin mancha, ¡oh, María!
la Madre del Redentor?

Corazón que ante tu planta
no adore grandeza tanta
¡muerto o podrido ha de estar!
Garganta que no te canta
¡muda debiera quedar!

IV

Musa mía campesina,
que vives enamorada
de la fuente y de la encina,
de la luz de la alborada,
de la paz de la colina,

del vivir de mis pastores,
del vibrar de sus sentires,
del pudor de sus amores,
del vigor de sus decires
y el callar de sus dolores...

¿No me has dicho, musa mía,
que te placen cosas bellas?
¡Pues viértete en armonía,
que es centro de todas ellas
la belleza de María!

¿No me dices, cuando cantas
el candor y la humildad,
que te placen cosas santas?
¡Pues María es entre tantas
la más grande santidad!

¿No tienes para la alteza
de cosas puras tonada?
¡Pues la esencia, la riqueza,
el sol de toda pureza
es María Inmaculada!

¡Rima y canta, musa adusta!
¡Canta el Misterio insondable
cuya grandeza te asusta!...
¡La Divina Madre Augusta
con los pobres es amable!

Yo le he visto sonriente
escuchando el balbuciente
decir de rudos cantares
que ante míseros altares
le rimaba ruda gente...

Gente de sano vivir
que al sentirla Inmaculada
le cantaba su sentir.
¡El del alma enamorada
es el más bello decir!

¡Madre mía! ¡Madre mía!
¡Que beba mi poesía
pureza de tu pureza!
¡Que aprenda a tomar belleza
de tu belleza, María!

¡Que suba tu amor ardiente
del corazón del creyente
a la mente del poeta
y oirás el himno ferviente
que el gran Misterio interpreta!

¡Que el mundo pura te adore!
¡Que te cante y que te implore!
¡Que tú le mires amante
cuando rece, cuando llore,
cuando bregue, cuando cante!

Y que a una voz concertada
diga ante tanta grandeza
la humanidad prosternada:
¡Gloria a Dios en la pureza
de María Inmaculada!

ADORACION

I

Estaba amaneciendo. En los espacios
del mundo sideral ya se borraban
las últimas estrellas que aún brillaban.
como débiles chispas de topacios.
Nada alteraba el general reposo
del mundo en la extensión de sombras llena,
ni turbaba un acento rumoroso
el solemne silencio religioso
de la noche serena...
Mansa, indecisa, vaga todavía,
la luz matutinal ya despuntaba,
y en trémulos fulgores envolvía
un paisaje de abril que se esfumaba
en la vaga y borrosa lejanía.
Iba a salir el sol. El horizonte
de luz amarillenta se teñía,
y de rumores se llenaba el monte
y el valle se poblaba de armonía;
y en el obscuro monte rumoroso,
surgiendo acompasada,
se iniciaba la intensa melodía
del sublime y grandioso
preludio musical de la alborada.

Iba a salir el sol. Lo presentía
la gran Naturaleza
que en el sereno despertar del día,
espléndida, sublime en su grandeza,
y henchida de vigor se estremecía.
El soberano toque misterioso
de la mano de Dios la despertaba,
y a su sereno despertar grandioso,
con vigor portentoso,
la vida universal se reanimaba.

De su jugo vital iban a henchirse
los gérmenes hundidos en la sombra;
al beso de la luz iban a abrirse
los cálices plegados de las flores
que al valle dan alfombra
y a las brisas suavísimos olores;
la tropa peregrina
de pájaros cantores, aún dormidos,
iba a cantar su estrofa matutina
al posarse en los bordes de sus nidos
la del radiante sol, luz argentina,
y las errantes brisas olorosas,
las frondas rumorosas,
las aguas transparentes
de los ríos, los lagos y las fuentes,
los cerros de la sierra...
¡Todo cuanto en la tierra
produce, con acentos diferentes,
trino, ruido, voz, eco o lamento,
al sentir ya cercana
la luz del astro, que preside el día,

preludiaba con gárrula armonía
el himno anunciador de la mañana!

II.

Y el sol salió. Sus vivos resplandores
se esparcieron en franjas ambarinas
y explosiones de luz y de colores,
de acentos y rumores,
palpitaron por valles y colinas.

El coro de los pájaros cantores,
desatando sus lenguas peregrinas,
inundó de armonías el ambiente;
y para el gran concierto que a la aurora
dedicaba la gran Naturaleza,
el bosque dió su voz honda y sonora,
su aroma dieron las gentiles flores,
la alondra dió cantares,
el rocío del valle dió colores,
el aura dió rumores,
soñoliento gemir los anchos mares,
vapores las cañadas,
la flauta del pastor dulces tonadas,
y el Oriente bellísimos celajes
y el éter vibraciones irisadas.

Y aquella voz magnífica, una y varia;
que en sus senos encierra,
con toda la armonía de los cielos,
los rumores que vibran en la tierra,
al cantar a la aurora sonriente

su himno de amor magnífico y ardiente,
parece que decía:
¡Gloria al Dios cuya voz omnipotente
del caos hizo el día!...

III

En medio del alegre y peregrino
concierto musical de la mañana,
un eco grave, dulce y argentino
se dilata en el valle... ¡Es la campana
de la ermita cercana!
Impío, ven conmigo; y tú, cristiano,
ven conmigo también. Dadme la mano,
y entremos juntos en la pobre ermita
solitaria, pacífica, bendita...
Ante el ara inclinado
ved allí al Sacerdote... Ya es llegado
el sublime momento...
¡Elevad un instante el pensamiento!
El dueño de esa gran Naturaleza
que admirabais conmigo hace un instante,
el Soberano Dios de la grandeza,
el Dios del infinito poderío
¡es Aquél que levanta el Sacerdote
en su trémula mano!
¡De rodillas ante El! ¡Témele, impío!
¡De rodillas, adórale, cristiano!
Yo también me arrodillo reverente,
y hundo en el polvo ante mi Dios, la frente.

LA ESPIGADORA

¿Vas a espigar, Isabel?
¡Cuánto siento, criatura,
que bese el sol esa piel
que tiene jugo y frescura
de pétalos de clavel!

Sé que espigar necesitas,
porque, aunque al sol te marchitas,
no es bueno que huelgue y duerma
quien tiene cuatro hermanitas
y tiene a su madre enferma.

Mas, díganme humanos ojos
si te hizo Naturaleza
para que en esos rastrojos
hieran tus pies los abrojos
y abrase el sol tu cabeza.

Entre pintados cristales
de alcázares ideales
hay cien reinas poderosas...
¡Para las más bellas cosas
no tiene el mundo fanales!

Isabel: no puedo amar;
no puedo abrirte la puerta
de mi pecho y de mi hogar,
porque a otra Isabel, ya muerta,
se los juré consagrar.

Y eres tan bella, Isabel,
que tengo duda cruel
de si serás sombra bella
de aquella eclipsada estrella
que viene a ver si soy fiel.

Lo digo por tus miradas,
que parecen oleadas
del piélago de la gloria
y no pobres llamaradas
de bella mortal escoria;

lo digo porque me suena
tu voz a salmo cristiano;
lo digo porque eres buena,
porque eres casta y serena
como noche de verano.

¡Isabel: no puedo amar!
Dios sabe que si pudiera
partir contigo mi hogar
ahora mismo te dijera:
—No vayas, niña, a espigar,

que cerca de ese desierto
tengo una casa y un huerto
que entolda un viejo parral
donde estarás a cubierto
del beso de mi rival,

y si espigar necesitas...
¡descanse mi reina y duerma!,
que está en mis trojes benditas
el pan de sus hermanitas
y el pan de su madre enferma!

Mas ni estas puras y sanas
consolaciones cristianas
puedo pedir al amor...
¡Dijeran lenguas villanas
que andaba en ello tu honor!

Vete a espigar, moza mía,
que si el mundo fuese honrado,
como tu honor merecía,
contigo a espigar iría
quien sabe lo que es sagrado;

contigo se fuera, hermosa,
por el desierto ardoroso,
quien tiene por cierta cosa
que nadie mancha una rosa
si no es un reptil baboso.

En el riñón de ese ardiente
desierto que el sol calcina
tengo yo un prado riente
con una pomposa encina
y una purísima fuente,

y bajo el palio frondoso
que apaga el fuego del cielo,
yo te dejara gozoso
oyendo el decir copioso
del agua del regatuelo,

y yo, afrontando fatigas
bajo ese cielo que arde,
diera envidia a las hormigas
para llevarte a la tarde
rubias manadas de espigas.

¡No puedo, sol de mis ojos!
Tendrás que ir sola, Isabel,
para que en esos rastrojos
hieran tus pies los abrojos
y el sol mancille tu piel.

Tendré que verte a la vuelta,
cuando a tu pobre hogar vayas,
la trenza del jubón suelta,
rotas las pulidas sayas,
la cabellera revuelta,

con polvo y sudor pegado
sobre tus sienes el pelo,
y hundido el seno abultado,
y el alto dorso encorvado,
y el casto mirar al suelo.

Y fuerza será que vea
cómo el sol de los rastrojos
tu piel de rosa broncea
y cómo escalda y orea
tus húmedos labios rojos.

Mas, vete sola, Isabel,
que, aunque me cause dolor
que el sol mancille tu piel,
es más injusto y cruel
que el mundo empañe tu honor.

Mejor que un decir artero
mil veces llorar prefiero
bellezas que el sol se lleve...
¡Virgen de bronce te quiero
mejor que Venus de nieve!

MI VAQUERILLO

He dormido esta noche en el monte
con el niño que cuida mis vacas.
En el valle tendió para ambos
el rapaz su raquítica manta
¡y se quiso quitar—¡pobrecito!—
su blusilla y hacerme almohada!
¡Una noche solemne de junio,
una noche de junio muy clara!...
Los valles dormían,
los buhos cantaban,
rumiaban las vacas...
y una luna de luz amorosa,
presidiendo la atmósfera diáfana,
inundaba los cielos tranquilos
de dulzuras sedantes y cálidas.
¡Qué noches, qué noches!
¡Qué horas, qué auras!
¡Para hacerse de acero los cuerpos!
¡Para hacerse de oro las almas!
Pero el niño, ¡qué solo vivía!
¡Me daba una lástima
recordar que en los campos desiertos
tan solo pasaba
las noches de junio
rutilantes, medrosas, calladas,

y las húmedas noches de octubre,
cuando el aire menea las ramas,
y las noches del turbio febrero,
tan negras, tan bravas,
con lobos y cárabos,
con vientos y aguas!...

¡Recordar que dormido pudieran
pisarlo las vacas,
morderle en los labios
horrendas tarántulas,
matarlo los lobos,
comerlo las águilas!...

!Vaquerito mío!
¡Cuán amargo era el pan que te daba!

Yo tenía un hijito pequeño
¡hijo de mi alma,
que jamás te dejé si tu madre
sobre ti no tendía sus alas!—
y si un hombre duro
le vendiera las cosas tan caras!...

Pero ¿qué van a hablar mis amores,
si el niñito que cuida mis vacas
también tiene padres
con tiernas entrañas?

He pasado con él esta noche,
y en los horas de más honda calma
me habló la conciencia
muy duras palabras...
Y le dije que sí, que era horrible...
que llorándolo el alma ya estaba.

El niño dormía
cara al cielo con plácida calma;
la luz de la luna
puro beso de madre le daba,
y el beso del padre
se lo puso mi boca en su cara!
Y le dije con voz de cariño
cuando vi clarear la mañana:
—¡Despierta, mi mozo,
que ya viene el alba
y hay que hacer una lumbre muy grande
y un almuerzo muy rico ...¡levanta!
Tú te quedas luego
guardando las vacas
y a la noche te vas y las dejas...
¡San Antonio bendito las guarda!...
Y a tu madre a la noche la dices
que vaya a mi casa
porque ya eres grande
y te quiero aumentar la soldada...

LA FLOR DEL ESPINO

I

El padre es un tosco
labriego fornido,
áspero y velludo
gigante broncíneo.
¡La madre, una hembra
con hombrunos bríos,
desgarbadas formas,
groseros aliños!
¡Y ved el misterio!...
La niña ha nacido
pequeñita y blanca
como flor de espino.
!La teta es tan grande
como el angelito!
Parecen el bronce
y el mármol unidos.
Me da mucha pena
de aquel hociquillo
tan tierno, tan puro,
tan fresco, tan rico,
toque el pezón negro
del pechazo henchido.
Y ¡siento una lástima
y un miedo y un frío

cuando el gigantesco
labriego fornido
coge en sus manazas
aquel cuerpecito
blanco como el mármol,
tierno como un lirio!...
  Como es tan pequeño,
tan blando, tan fino,
temo que las zarpas
del león broncíneo
lo hieran, lo quiebren...
¡Me da miedo y frío!
  Y luego, ¡qué ira
cuando le hace mimos
con aquellos dedos
callosos y heridos
y cuando le pone
con brutal cariño
los labiazos ásperos
sobre el hociquillo
que parece un fresco
clavel con rocío!...

II

  ¡Eran aprensiones!
Después lo he sabido.
El pezón negruzco
del pechazo henchido
no mancha los labios
de los ángelitos.

Es moreno y tosco,
¡pero está tan tibio!...
¡Tan tibia y tan pura
derrama en hilillos
la leche purísima
del pechazo henchido,
que ¡pobre de aquella
flor blanca de espino
sin ese venero
de vida tan rico!
¡Por eso aquel ángel
lo quiere tantísimo
que, cuando se aparta
cansado y ahito
del pezón moreno
rebosante y tibio,
lo mira y sonríe,
le quiere hacer mimos,
lo dobla y lo estruja
con el hociquillo,
lo coge y lo suelta,
le da golpecitos
y poquito a poco
se queda dormido
de hartura y de gusto
junto al calorcillo!...
Ni aquellas manazas
del padre sombrío
lastiman al ángel...
¡Ya lo he comprendido!

¿Qué es lo que no torna
süave el cariño
 Cogerá a su hija
como yo a mi hijo,
que dice su madre
cuando se lo quito
desnudo del halda
para hacerle mimos:
 —¡Me da gusto verte
levantar al niño,
porque lo levantas
lo mismo, lo mismo
que los sacerdotes
el cuerpo de Cristo!

III

 Eran aprensiones
¡ya lo he comprendido!
Mas queda el enigma
recóndito, vivo...
 El hombre es velloso,
grosero, cetrino;
la madre es hombruna
de ceños sombríos;
la débil niñita
¿por qué habrá nacido
blanca como el mármol,
tierna como el lirio?
 Pues es un misterio
lo mismo, lo mismo
que el que nos ofrece
la flor del espino...

IDILIO

La pulida paverilla
—¡un capullo de amapola!—
huelga con el paverillo
en la linde de la hoja.
La pavada anda buscando
hormiguitas y langosta
en los cercanos baldíos,
que no tienen otra cosa.
Sentada está la pavera
del lindón sobre la alfombra,
y el pavero de rodillas,
como adoran los que adoran.
Ella ha juntado en el halda,
donde los tallos les corta,
un montón de bien cerrados
capullitos de amapola.
Sin romperlo en sus dedillos
uno coge cuidadosa
y se lo muestra al muchacho
preguntando:—¿Fraile o monja?—
Y esperando se le queda
¡más picaresca y más mona!...
El capullo será fraile
si tiene rojas las hojas,

pero si las tiene blancas,
el capullo será monja.
Y extático el paverillo,
con ojazos que interrogan,
contempla el misterio, y duda,
y se agita, y se emociona,
y mira luego a la niña
que lo apremia, que lo azora,
y lleno del hondo pánico
que presiente la derrota,
se lanza a dar la respuesta
como el que a morir se arroja.
Y apenas ha dicho—¡Fraile!—
con la voz un poco ronca,
rompe la niña el capullo
y exclama entre risas:—¡Monja!—
—¡Monja!—con voz temblorosa,
—¡Fraile!—le grita riéndose
la paverilla burlona...
¡Está más torpe el muchacho!..
¡La niña tanto lo azora!...
¡Y luego, es tan misterioso
un capullo de amapola!...
¡Como que yo no diría
jamás ni fraile ni monja!...

LOS PASTORES DE MI ABUELO

I

He dormido en la majada sobre un lecho de lentiscos
embriagado por el vaho de los húmedos apriscos
y arrullado por murmullos de mansísimo rumiar;
He comido pan sabroso con entrañas de carnero
que guisaron los pastores en blanquísimo caldero
suspendido de las llares sobre el fuego del hogar.

Y al arrullo soñoliento de monótonos hervores,
he charlado largamente con los rústicos pastores
y he buscado en sus sentires algo bello que decir...
¡Ya se han ido, ya se han ido! ¡Ya no encuentro en la
(comarca
los pastores de mi abuelo que era un viejo patriarca
con pastores y vaqueros que rimaban el vivir!

Se acabaron para siempre los selváticos juglares
que alegraban las majadas con historias y cantares
y romances peregrinos de muchísimo sabor.
Para siempre se acabaron los ingenuos narradores
de las trágicas leyendas de fantásticos amores
y contiendas fabulosas de los hombres del honor,

¡Ya se han ido, ya se han ido! Los que habitan sus (majadas
ya no riman, ya no cantan villancicos y tonadas
y fantásticas leyendas que encantaban mi niñez.
Han perdido los vigores y las vírgenes frescuras
de los cuerpos y las almas que bebieron aguas puras
de veneros naturales de exquisita limpidez.

¡Yo no riman, ya no cantan! Ya no piden al viajero
que les cuente la leyenda del gentil aventurero,
la princesa encarcelada y el enano encantador.
Ya no piden aquel cuento de la azada y el tesoro,
ni la historia fabulosa de la guerra con el moro,
ni el romance tierno y bello de la Virgen y el pastor.

¡He dormido en la majada! Blasfemaban los pastores
maldiciendo la fortuna de los amos y señores
que habitaban los palacios de la mágica ciudad;
y gruñían rencorosos como perros amarrados
venteando los placeres y blandiendo los cayados
que heredaron de otros hombres como cetros de la paz.

II

Yo quisiera que tornaran a mis chozas y casetas
las estirpes patriarcales de selváticos poetas,
tañedores montesinos de la gaita y el rabel,
que mis campos empapaban en la intensa melodía
de una música primera que en los senos se fundía
de silencios transparentes, más sabrosos que la miel.

Una música tan virgen como el aura de mis montes,
tan serena como el cielo de sus amplios horizontes,
tan ingenua como el alma del artista montaraz,
tan sonora como el viento de las tardes abrileñas,
tan süave como el paso de las aguas ribereñas,
tan tranquila como el curso de las horas de la paz.

Una música fundida con balidos de corderos,
con arrullos de palomas y mugidos de terneros,
con chasquidos de la honda del vaquero silbador,
con rodar de regatillos entre peñas y zarzales,
con zumbidos de cencerros y cantares de zagales
¡de precoces zagalillos que barruntan ya el amor!

Una música que dice cómo suenan en los chozos
las sentencias de los viejos y las risas de los mozos,
y el silencio de las noches en la inmensa soledad,
y el hervir de los calderos en las lumbres pavorosas,
y el llover de los abismos en las noches tenebrosas,
y el ladrar de los mastines en la densa obscuridad.

Yo quisiera que la musa de la gente campesina
no durmiese en las entrañas de la vieja hueca encina
donde, herida por los tiempos, hosca y brava se encerró.
Yo quisiera que las puntas de sus alas vigorosas
nuevamente restallaran en las frentes tenebrosas
de esta raza cuya sangre la codicia envenenó.

Yo quisiera que encubriesen las zamarras de pellejo
pechos fuertes con ingenuos corazones de oro viejo
penetrados de la calma de la vida montaraz.

Yo quisiera que en el culto de los montes abrevados,
sacerdotes de los montes, ostentaran sus cayados
como símbolos de un culto, como cetros de la paz.

Yo quisiera que vagase por los rústicos asilos,
no la casta fabulosa de fantásticos Batilos
que jamás en las majadas de mis montes habitó,
sino aquella casta de hombres vigorosos y severos
más leales que mastines, más sencillos que corderos,
más esquivos que lobatos, ¡más poetas ¡ay! que yo!

¡Más poetas! Los que miran silenciosos hacia Oriente
y saludan a la aurora con la estrofa balbuciente
que derraman, sin saberlo, de la gaita pastoril,
son los hijos naturales de la musa campesina
que les dicta mansamente la tonada matutina
con que sienten las auroras del sereno mes de abril.

¡Más poetas, más poetas! Los artistas inconscientes
que se sientan por las tardes en las peñas eminentes
y modulan, sin quererlo, melancólico cantar,
son las almas empapadas en la rica poesía
melancólica y süave que destila la agonía
dolorida y perezosa de la luz crepuscular.

¡Más poetas, más poetas! Los que riman sus sentires
cuando dentro de las almas cristalizan en decires
que en los senos de los campos se derraman sin querer,
son los hijos elegidos que desnudos amamanta
la pujante brava musa que al oído sólo canta
las sinceras efusiones del dolor y del placer.

¡Más poetas! Los que viven la feliz monotonía
sin frenéticos espasmos de placer y de alegría
de los cuales las enfermas pobres almas van en pos,
han saltado sin saberlo, sobre todas las alturas
y serenos van cantando por las plácidas llanuras
de la vida humilde y fuerte que cantando va hacia Dios.

¡Que reviva, que rebulla por mis chozos y casetas
la castiza vieja raza de selváticos poetas
que la vida buena vieron y rimaron el vivir!
¡Que repueblen las campiñas de la clásica comarca
los pastores y vaqueros de mi abuelo el patriarca
que con ellos tuvo un día la fortuna de morir!

NOCTURNO MONTAÑES

A. J. Neira Cancela

El oro del crepúsculo
se va tornando plata,
y detrás de los abismos que limita
con perfiles ondulantes la montaña,
va acostándose la tarde fatigosa
precursora de una virgen noche cálida,
una noche de opulencias enervantes
y de místicas ternuras abismáticas,
una noche de lujurias de la tierra
por alientos de los cielos depuradas,
una noche de deleites del sentido
depurados por los ósculos del alma....
A ocaso baja el día
rodando en oleadas
y los ruidos de los hombres y las aves,
a medida que el crepúsculo se apaga,
van cayendo mansamente en el abismo
del silencio que de músicas se empapa.
Las penumbras de los valles misteriosos
van en ondas anegando las gargantas,
van en ondas esfumando las colinas,
van en ondas escalando las montañas;

y el errático murciélago nervioso
raudo cruza, raudo sube, raudo baja,
con revuelo laberíntico rayando
las purezas del crepúsculo de plata.
Con regio andar solemne
la noche se adelanta,
y en el lienzo de los cielos infinitos,
y en las selvas de la tierra perfumadas,
van surgiendo las estrellas titilantes,
van surgiendo las luciérnagas fantásticas.
Lentamente, como alientos misteriosos,
de los senos de los bosques se levantan
brisas frescas que estremecen el paisaje
con el roce de las puntas de sus alas,
preludiando rumorosas en las frondas
las nocturnas melancólicas tonadas,
la que vibran los pinares resinosos,
la que zumban las robledas solitarias,
la que hojean los maizales susurrantes,
la que arrullan las olientes pomaradas...
y aquella más poética
que suena en las entrañas,
la que viene sin saber de dónde viene,
la que suena sin sonoras asonancias,
¡la que arranca la divina poesía
de las fibras más vibrantes de las almas!
De los coros rumorosos de la noche,
de los senos de las flores fecundadas,
al sentido vienen músicas que engríen,
al sentido vienen pomas que embriagan....

Es la hora de los grandes embelesos,
es la hora de las dulces remembranzas,
es la hora de los éxtasis sabrosos
que aproximan la visión paradisiaca,
es la hora de los cálidos amores
de los hijos, de la esposa y de la Patria...
¡El momento más fecundo de la carne
y el momento más fecundo de las almas!

Tendido en lecho húmedo
de hierbas aromáticas,
he bebido la ambrosía de la noche
sobre el lomo de la céltica montaña...
Más arriba, los luceros de diamante;
más arriba, las estrellas plateadas;
más arriba, las inmensas nebulosas
infinitas, melancólicas, arcanas...
más arriba, Dios y el éter... más arriba,
Dios a solas en la gloria con las almas...
¡con las almas de los buenos que la tierra
fecundaron con regueros de sus lágrimas!

Más abajo, las robledas sonorosas;
más abajo, las luciérnagas fantásticas;
más abajo, los dormidos caseríos;
más abajo, las riberas arrulladas
por el coro de bichuelos estivales,
por el himno ronco y fresco de las aguas,
por el sordo rebullir de los silencios
que parece el alentar de las montañas...

Los hombres todos duermen,
las horas solas pasan,

y ahora salen mis secretos sentimientos
del encierro perennal de mis entrañas,
y ahora salen mis recónditas ideas
a esparcirse en las regiones dilatadas
donde el choque con los hombres no las hiere,
donde el roce con los fangos no las mancha,
donde juegan, donde ríen, donde lloran,
donde sienten, donde estudian, donde aman...
Ellas pueblan los abismos de los cielos
y en efluvios sutilísimos se bañan,
ellas oyen el silencio de los mundos,
ellas miden sus grandezas soberanas,
ellas suben y temblando se aproximan
a las puertas diamantinas de un alcázar,
y algo entienden de una música distante
que estremece, que embelesa, que embriaga,
y algo sienten de una atmósfera sin peso
que parece delicioso lecho de almas...
¡Oh, nostalgias del espíritu que ha visto
los linderos aún sellados de su Patria!
¡Oh, grandezas de las noches religiosas
que aproximan las divinas lontananzas!
... ...

Se asoma blanca y tímida
la dulce madrugada;
palidecen las estrellas del oriente
y se enfrían los alientos de las auras,
se recogen los misterios de la noche,
las luciérnagas suavísimas se apagan

y los libres sueños amplios de mi mente
se replegan en la cárcel de mi alma...
  Y honda y queda en sus arrullos iniciales,
y habladora cuando el mundo se levanta,
y opulenta en las severas plenitudes
de su música de oro rica y casta,
    se derrama por los campos
    la canción de la mañana.

FIN

INDICE

Colección Fantasio

DIRECTOR

ALFONSO TEJA ZABRE

OBRAS PUBLICADAS:

ALAS ABIERTAS La Novela de la Aviación, por Alfo
Teja Zabre. $ 2

POESIAS SELECTAS de Paul Verlaine. Traducción de
fonso Teja Zabre. $ 1

POESIAS de José Ma. Gabriel y Galán, Seleccionadas
Alfonso Teja Zabre. $ 1

EN PREPARACION Y PRENSA

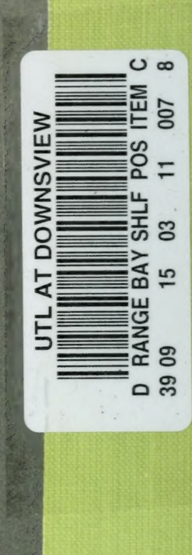
HUMORISTAS MEXICANOS.

I. J. Rafael Rubio, "Rejúpiter".
II. Angel del Campo "Micrós".
III. Benjamín Padilla "Kaskabel".

POETAS ROMANTICOS MEXICANOS.
Acuña, Plaza y Flores

EL FANTASMA DE ORIENTE por Pierre Loti,

Seguirán obras selectas de autores mexicanos y extranjer


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 15 03 11 007 8